



PROPIETARIO-FUNDADOR:  
D. JOSÉ LUIS ALBAREDA.

OFICINAS:  
Calle Mayor, núm. 78, entresuelo.

DIRECTOR-GERENTE:  
D. JULIÁN SETTIER.

#### SUMARIO.

Real Club de regatas de Barcelona.—Fina, por E. Véro.—La primera lección, por D. Joaquín Dicenta.—Marcha de velocidad y resistencia, por don Eladio R. de Vinuesa.—Lo irracional en lo racional, por el Dr. J. Sampietro Gállego.—Agricultura: Observaciones sobre la Agricultura y nuestros agricultores, por el Dr. Ruiz Rojo.—Noticias.—La caza del oso, por don Antonio de Valbuena.—Los zapatos, por D. Manuel María Guerra.—La tierra y el ázoe, del *Journal de l'Agriculture pratique*.—Recuerdos de caza, por E\*.\*.—Anuncios.

Grabados: Edificio del Real Club de regatas de Barcelona.—Los artistas del bosque.

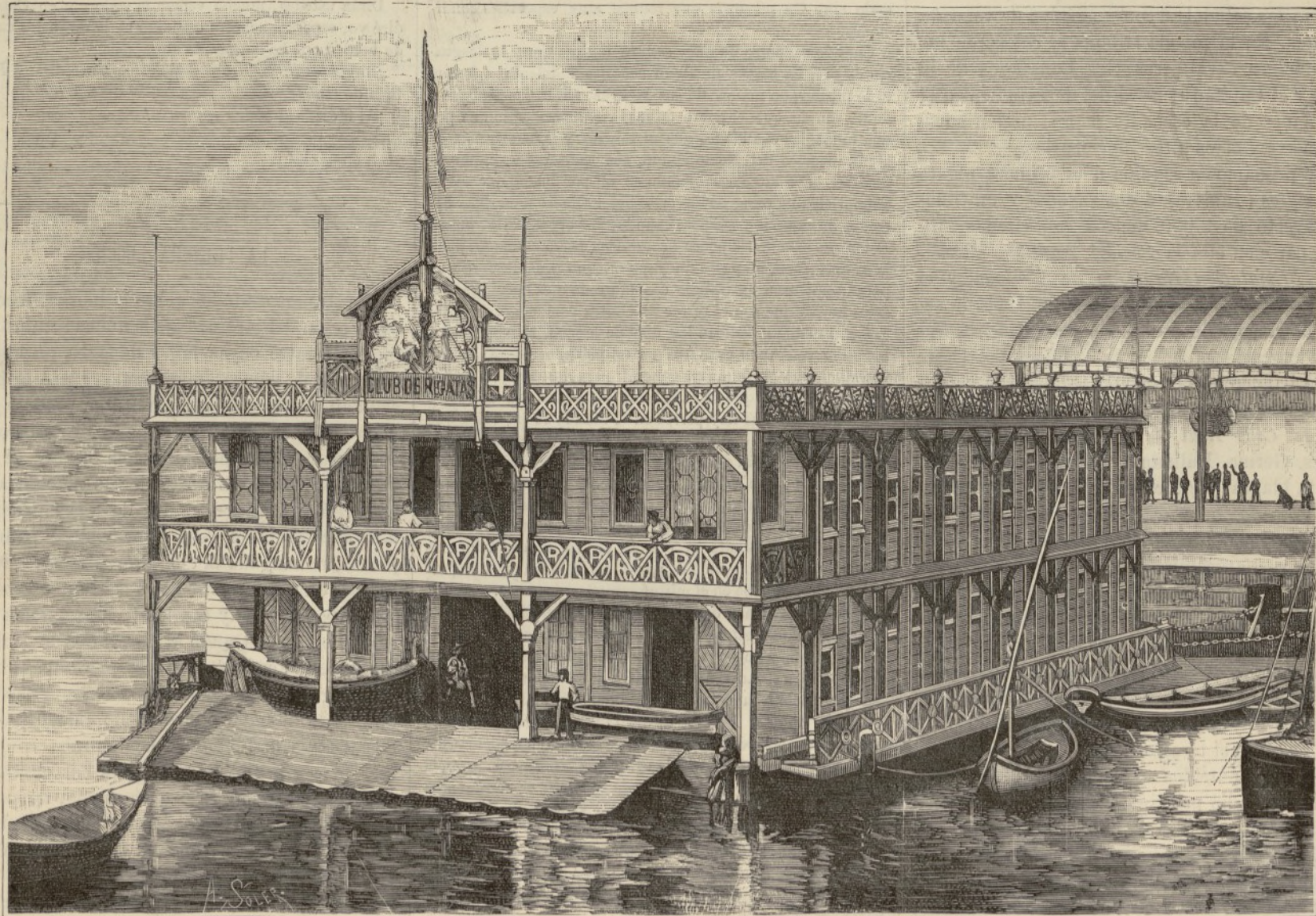
#### REAL CLUB DE REGATAS DE BARCELONA.

La afición á los torneos marítimos, más desarrollada en la ciudad condal que en ningún otro puerto español, ha dado ocasión para embellecer á Barcelona con una construcción más, elegante y bella en su exterior y espléndidamente lujosa en su interior.

La bonita posición que ocupa da nuevo encanto

al lindo edificio, punto de reunión de los *clubmen* más distinguidos de Barcelona, que mantienen orgullosos las múltiples y costosas atenciones á que obliga el sostenimiento del club, y estimulan la afición y el desarrollo á las regatas celebrando todos los años espléndidas fiestas que han llegado á constituir uno de los atractivos más salientes de aquella culta población.

Recientemente ha podido apreciarse la impor-



CLUB DE REGATAS.



tancia de esa institución, pues entre los festejos del programa confeccionado para obsequiar á S. M. la Reina, figuraba la celebración de regatas organizadas por el Real Club. La pompa y suntuosidad con que se efectuó esa parte del programa fué verdaderamente regia, y digna, por tanto, de la excelsa señora á quien se dedicaba.

Para la celebración de esas fiestas, el Real Club de Regatas hizo construir en el extremo del muelle de Barcelona una tribuna saliente en forma de espolón, que ocupaban el Ayuntamiento de la ciudad, la Comisión del Consejo Municipal de París y los Jefes y Oficiales de las escuadras; sobre el pie de dicho espolón, á dos metros del nivel del muelle, estaba la tribuna Real, ricamente decorada con escudos, cortinajes y flores, y en la cual había además un magnífico mobiliario; el edificio particular del Real Club de Regatas, que es el que representa nuestro grabado, álzase en el centro del paso de agua existente entre los muelles de Barcelona y Capitanía, y tenía comunicación con el primero á favor de algunas balsas de calafate unidas entre sí y situadas desde la escalerilla del citado muelle hasta la entrada principal del Club; el Jurado de partida se colocó en el antepuerto junto al extremo del muelle, y el trayecto de navegación para las embarcaciones de las regatas comenzaba en aquel paso de agua y concluía en la escollera del Oeste, donde cuatro banderolas de colores nacionales flotaban sobre boyas.

Cerca de las cinco, llegó S. M. la Reina con la princesa Mercedes y la infanta María Teresa en carruaje, yendo en otros coches SS. AA. RR. el Duque de Génova y el príncipe Roberto de Baviera, las damas de honor Sras. Duquesa de Fernan-Núñez y Marquesa de Monistrol, el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, los Sres. Ministros de la Guerra y de Marina, el Jefe del Cuarto militar de S. M. y otros dignatarios de la corte y del Estado. La Reina y sus augustas hijas se acomodaron en la regia tribuna, mientras los buques nacionales de guerra las saludaban con una salva de veintidós cañonazos. En la misma tribuna se colocaron los dos Príncipes extranjeros, los Consejeros de la Corona y el Capitán general del departamento, el Comandante de la escuadra de instrucción surta en el puerto y otros altos funcionarios.

Dióse principio en seguida á la primera regata de *Ioles-gigs* (Juniors), á dos vayonas y un timonel, trayecto de 3.000 metros con viradas; tomando parte en ella la *Société Nautique Bordelaise*, *L'Emulation Nautique de Toulouse* y el Real Club de Regatas de Barcelona. Dada la señal, á las cinco y diez minutos, partieron tres frágiles embarcaciones hacia la escollera del Oeste hasta la banderola, virando en seguida con rumbo al punto de partida, al cual llegó primero *Relámpago*, del Club Real de Regatas, tripulado por los Sres. Germa, Dalmau y Larroca, que vestían camiseta blanca y gorra azul; segundo, *Mal en train*, de la *Société Nautique Bordelaise*, tripulados por los Sres. Lingenbert, Berlhonnea y Coisplet, que vestían camiseta rayada y gorra negra, y tercero, *Luscrabos*, de la *Emulation Nautique de Toulouse*, tripulado por los Sres. Para, Fortel y Jieusse, que vestían camiseta azul y gorra blanca. Los premios de estas regatas consistían: el primero, en 300 pesetas y tres medallas de plata dorada; en 150 y tres medallas el segundo, y en 75 y tres medallas el tercero.

Después de nutridos aplausos tributados á los vencedores, se dió principio, á las cinco y cuarto, á la segunda regata, igualmente de *Ioles-gigs* (Juniors), á dos bayonas y un timonel, trayecto de 3.000 metros con viradas; tomaron parte en ella *Sultane*, de la *Emulation Nautique de Toulouse*, tripulada por los Sres. Bruyere, Fabrey y Jieusse, que vestían camiseta azul y gorra blanca; *Relám-*

*pago*, del Real Club de Barcelona, tripulado por los Sres. Larroca, Rico y Germa, que vestían camiseta blanca y gorra azul, y *Fragius*, del mismo Club, tripulado por los Sres. Aipsa, Taxonera y J. Bial, que vestían camiseta blanca y gorra azul, ganando el primer premio *Fragius*, el segundo *Relámpago* y *Sultane* el tercero. Los premios consistían en 200 pesetas y tres medallas de plata el primero, 100 el segundo y 50 el tercero.

Se celebró en seguida la tercer regata, de *Perissoires* (sentados), trayecto de 1.500 metros con una virada; en ella tomaron parte *Victoria*, de Toulouse; *La Tôt*, de Lyon, y *Cohete* y *Audax*, del Real Club de Barcelona, ganando el primer premio *La Tôt*, tripulada por D. J. Piot, que vestía camiseta azul oscuro y gorra azul; el segundo *Cohete*, tripulado por el Sr. Tuñiz, que vestía camiseta blanca y gorra azul, y el tercero *Victoria*, tripulado por N. N., que vestía camiseta azul y gorra blanca.

El Sr. Riera, que tripulaba el *Audax*, tuvo la mala suerte de caer al agua, sin otra consecuencia que el consiguiente baño.

Los premios consistían en 150 pesetas y medalla de plata sobredorada el primero, 75 pesetas y medalla de plata el segundo y 50 el tercero.

Terminada esta regata é invadido el canal por los botes y barcas de pesca, el Real Club, de acuerdo con el Jurado, acordó suspender las tres que faltaban.

El acto resultó magnífico y digno del afanoso empeño de los socios, que lograron realizar una de las fiestas más brillantes con que se ha señalado la inauguración de la Exposición de Barcelona.

## FINA.

### III.

Cazar en un país tropical, casi diariamente no pueden hacerlo sino las personas que reúnen muy especiales condiciones.

Cuando un perro de pura sangre inglesa tiene la desgracia de caer en manos de algún señorito indolente, ó lo que es lo mismo, en manos de sus lacayos, todas las probabilidades son de que el pobre animal vaya perdiendo una por una todas las cualidades que el talento y la constancia de algún maestro del Reino Unido, sea *gentleman* ó simple industrial, haya ido desarrollando en él; por bueno que sea el animal viene á parar en favorito del cocinero ó en loco corredor de campos y colinas; cuando, por el contrario, un cazador que sale diariamente necesita un perro de acero, nada le es más fácil, si posee un *pointer*, que acostumbrarlo en pocas semanas á un trabajo constante de diez horas diarias: estos perros que son el terror de ciertos panzudos cazadores que con método dedican los días de fiesta á la modesta labor de ir volteando conejitos en un poblado monte, no tienen rival para la pluma en general: para los conejos no había necesidad de que se calentaran la cabeza los criadores ingleses; desde que hay perros en el mundo se ha visto que sirven todos para cazar conejos; si los han comido ustedes alguna vez, habrán notado que la carne de conejo viene á ser una especie de pan sin pretensiones, que sirve lo mismo para zorras y milanos que para perros mastines ó pachones.

Así es que *Fina* estuvo toda su vida dispuesta al trabajo; en mí estaba, durante su preñez, en no sacarla á un aire violento: recuerdo que me parió, no sólo en el tren, viniendo de caza, sino en el mismo campo, entre codorniz y codorniz; tampoco era dudoso para ella el partido que había de tomar cuando estaba criando; á los dos, á los tres días de parida, bastaba coger la escopeta para que, saltando violentamente de su cama, se dispusiera á llenar sus funciones: una sola pasión, la caza; un solo amor, su dueño.

Jamás cometió *Fina* la menor falta: solo recuerdo, y lo cito para ser en todo exacto, que los días en que á pesar del vendabal, se me ocurría ir de caza, que fueron bastantes, el viento le producía una especie de vértigo; se comprendía que aquél le quitaba parte de su razón y de sus facultades, y desmerecía un tanto su trabajo.

¿Razón? exclamarán los que presumen tener el privilegio exclusivo de ella, y el curioso lector podrá juzgar si la palabra está mal empleada, poniendo ante su vista tan sólo dos pequeños episodios.

Tuve el vicio, durante una larga temporada, de tirar mi primer tiro al grupo de las codornices, que muy á menudo

solía mostrarme en el suelo entre las matas *Fina*; vicio del que luego daré la explicación; la incomparable perra, muy segura del pulso de su amo, dejaba pasar la munición por encima ó por debajo de su cabeza, sin pestañear; pero desde un día en que me vi obligado á voltear un perro de campo de malísimos antecedentes, *Fina*, después de mostrar, venía á colocarse con mucha suavidad detrás de mis talones; maniobra que jamás había hecho antes de tal suceso.

Y ahora viene la explicación de estos tiros á tierra; tiros ambiciosos, á media carga, que generalmente producían cuatro ó seis víctimas.

Cazando un día con un vizcaino, mi compañero durante mucho tiempo, *parejo* mío, según la frase del país, le veo detenerse y retroceder ante la muestra de su perra; tira su primer tiro en dirección del suelo, y derriba del segundo una gruesa codorniz; acude á recoger sus piezas, y se me acercan amo y perra con nueve codornices cubanas.

¡Compañero, hoy le mando trabajo si ha de alcanzarme! es de advertir, que eran los primeros tiros de aquel día y que su perra *Mulata*, valía media onza cada pelo.

Dejéme su acción estupefacto; pero en tierra de *infielos* podía uno amoldarse á nuevos usos venatorios, y decidí imitar al vizcaino, so pena de ser vencido en la cuenta de la caza.

Yo bien sé cuan clásicamente se burlan los ingleses de los franceses en aquella caricatura, en que un guarda inglés dice con extrañeza á un caballero francés.

—¡Pero caballero, va usted á tirar en el suelo á ese faisán que corre!

—No, de ningún modo, esperaré que se pare.

..... Pero lo cierto es que, durante tres ó cuatro años, me dediqué con provecho á la carambola terrera, sirviendo de disculpa á mi acción el no lastimar lo más mínimo la caza del suelo y el matar casi siempre la que volaba.

Volviendo á *Fina*, me dirán ustedes si han visto á muchos perros ejecutar lo siguiente: cazar en mano con amigos que llevaban perros mal educados; quedar de muestra *Fina*, y venir desalados los susodichos canes á levantar la caza que la noble perra paraba; al verlos venir, retirarse taimadamente y colocarse detrás de mí; era de ver la estúpida fisiónomía de los perros, que parecía decir: ¡juráramos que *Fina* estaba de muestra!, y seguir su galope sin haber levantado la caza.

—¿Dónde está, *Fina*?

La perra avanzaba de nuevo cuatro pasos, y volvía á quedar de muestra.

—Brrr—traelá *Fina*; como tú se crían pocas en ninguna parte.

Dirán ustedes, mucho espera la codorniz en Cuba; y les diré yo, espera mucho; y conmigo se lo dirán los cazadores de verdad que hayan pisado aquel país.

¿Sirven estos pequeños detalles para acreditar á *Fina* dotada de razón?

¡Al filósofo la ardua sentencia!

E. VÉRO.

(Continuad.)

## LA PRIMERA LECCIÓN.

Estábamos sentados sobre la hierba, recostados en la tapia del jardín, bajo la ancha sombra de una higuera, entre cuyas hojas danzaba un enjambre bullicioso de pájaros hambrientos que á la higuera acudían, avaros de nutrirse con su pródigo y sazonado fruto; cruzaban por delante de nosotros zumbadores insectos; mezclábase en el aire, al monótono é insoportable canto de las chicharras y de los grillos, el alegre cantar de una mozuela que, mal encubierto el pecho por vistoso pañuelo de percal, remangada la chambrá, descalza de pie y pierna, é inclinado el cuerpo sobre una artesa, enjabonaba enaguas y camisas, golpeándolas nerviosamente, y mostrando al golpearlas la espléndida curva de sus caderas, movidas á compás, durante las fatigas de su trabajo, con suave y lasciva ondulación; un lagarto, asomando curioso por entre dos piedras mal unidas, nos miraba con ojuelos retozones y brillantes; dos chiquillos desarrapados y sucios trababan furioso combate, defendiendo, uñas en ristre, sus derechos á una granada caída del árbol, y arriba, encima de nuestras cabezas, el sol, alegrando con sus rayos los tonos limpios de un cielo sin nubes, inundaba los campos de trigo, dorando á fuego las repletas espigas, mientras un viento caliente llegaba hasta nosotros, tra-



yéndonos con él todos los rumores de aquella siesta calurosa y tranquila.

Yo era entonces muy joven, lo cual no indica, como supondrán algunos, que haga mucho tiempo del suceso que voy á referir; sólo han transcurrido cinco años. Sin embargo, lo repito. Yo era entonces muy joven. Dichoso del que no me entienda.

Aún no se había grabado en mi frente el surco de una idea triste; aún no bordeaban mis ojos esas ojeras violáceas, marca imborrable de crueles é intensos dolores; mis ambiciones eran francas, mis deseos puros, mis proyectos nobles, mi fe ciega; por mi cerebro no había cruzado la sombra de un mal pensamiento; el desengaño tenía abiertas de par en par las puertas de mi alma, y yo era bueno, porque era feliz. Mi compañero, más viejo, más experimentado que yo, escuchaba con burlona sonrisa mis confidencias, mis sueños, mis afanes de gloria y de renombre; yo no podía comprender, en la época á que hago referencia, todas las enseñanzas ofrecidas por aquel perfil escéptico y mordaz; todos los argumentos traídos en contra de mis ilusiones por aquella frente sombría, por aquellos cabellos escasos y blanqueados prematuramente, por aquellos ojos tenaces y por aquellos labios que se plegaban hacia los extremos de la boca con desdenosa y violenta contracción.

Gozaba mi compañero fama de sabio; su nombre, repetido sin cesar en periódicos y academias, se pronunciaba con admiración y respeto. Combatiente, nacido como yo en el humilde radio de una aldea, había triunfado, y no obstante, ni un solo rasgo de su fisonomía daba indicios de su victoria; más que un vencedor, parecía un vencido. Y es que hay victorias tristes, muy tristes. Cuando el vencedor consigue el triunfo á costa de mucha sangre derramada, de terribles angustias, de amigos fieles que desaparecieron para siempre, de entusiasmos que se aniquilan y sucumben, el triunfo se convierte en derrota y la corona de laurel en corona de espinas, que desgarran la frente de quien la ciñe.

Algo muy semejante le había ocurrido al hombre que fué depositario de mis quimeras en aquella tarde calurosa del mes de Agosto: en cada lucha, en cada victoria parcial, vió desaparecer un pedazo de su alma, una esperanza ó una ilusión; y al tocar la cima de sus aspiraciones, al volver los ojos atrás, al sentir en sus oídos la adulación rencorosa del éxito, se encontró solo y gozó con amargura de un triunfo que le costaba tanto, y maldijo su gloria, que brillaba como *Inri* sangriento sobre un montón de cadáveres.

Por alimentar una sola de mis quimeras, hubiera él dado cuantas alabanzas le prodigaba el mundo; y al oírme, comprendiendo que pronto, muy pronto desaparecerían mis sueños á los continuos y brutales golpes de la realidad, me escuchaba silencioso é inmóvil, mostrando en su gesto incrédulo algo amargo y dulce á la vez, mezcla extraña de lástima burlona y de crueldad compasiva.

Yo, sin reparar en su actitud, animado por el entusiasmo de la inexperiencia, atravesaba ufano el ancho campo de mis futuros proyectos, y no eran suficientes á detenerme en mi entusiasta peregrinación ni las escasas advertencias esparcidas en el limitado círculo de mi trato social, ni las experiencias que en mis varias lecturas pude recoger.

Para mí todo mal tenía remedio, toda servidumbre redención, toda miseria amparo, todo error disculpa y todo crimen castigo. Mi esfuerzo, juntándose al esfuerzo de otros que como yo pensarían, sería bastante á disipar las incorrecciones sociales, y santas ideas de bien, de virtud, de amor, de justicia, surgirían de aquella lucha para iluminar el mundo.

Este porvenir risueño veíalo yo próximo y seguro. La juventud es como el sol: dora los abismos sin pararse á contemplar las monstruosidades que su luz descubre.

De pronto, en lo más animado de mi peroración, sentí que me agarraban por un brazo, y vi á mi compañero señalar fríamente hacia un ángulo de la tapia, mientras murmuraba con sarcástica voz: *Mira*.

\*\*\*

Encaminé los ojos al punto señalado, y allí, adherido á la tapia, vi un jirón gris, polvoriento, flotante.... Era una red de araña que, apoyando sus costados en la pared, se destacaba de ella en forma poligonal, para morir luego en el fondo oscuro de un agujero informe. De aquel agujero salía la muerte. En la parte libre de la red, sujetos al extremo de hilos finísimos, como suelen estarlo al cáñamo de la horca las víctimas de la justicia humana, pendían cuatro ó cinco cadáveres de insectos, y en el punto medio del polígono una mosca, víctima de su imprevisión ó de su ignorancia, se esforzaba inútilmente para librarse de las mallas que la oprimían. Aquella sujeción era horrible para la infeliz prisionera; así debía comprenderlo ella, cuando agitando sus alas con zumbido angustioso y sacudiendo sus temblorosas patas con trémulo compás, procuraba huir, volver al espacio, á la luz, á su antigua existencia, truncada por un golpe brutal de la suerte.

¡Inútil deseo! La red defendía su presa con implacable testarudez, y la mosca luchaba en vano, retorciendo angustiosamente su débil y amenazado cuerpecillo.

De pronto, á la entrada del agujero, apareció la araña. Sus garras vellosas, terribles en aquel instante, avanzaron sobre la red; su cuerpo, destacándose entre las sombras de su guarida como una sombra más, oscilaba pausadamente. La víctima, en presencia de su enemigo, cesó de moverse, agorrotada por el espanto.

—¡Desdichada!—grité yo á mi amigo.—¡Salvémosla!

Y con brusco movimiento extendí la mano para romper la tela; la araña, al verme, retrocedió furiosa; el insecto cautivo abrió las alas y quiso huir; yo, decidido á protegerle, avanzaba un paso, cuando mi compañero me detuvo.

—¿Qué vas á hacer?—dijo.

—Salvarla—repuse yo.

—¡Salvarla! ¿Para qué?....

—Para que viva, para que goce de su libertad, para que sea feliz, como lo soy yo, como lo eres tú, para evitar un mal, para hacer un bien, para ser justo.... para eso. Mira—añadí,—nada tan hermoso como una buena acción, siquiera recaiga en el más ínfimo de los seres. Sí, salvémosla; seamos justos.

—¿Y tú crees que salvándola seremos justos?—replicó mi compañero.—No—siguió diciendo con su voz cortante como el filo de un hacha;—no, y cien veces no. Salva á esa mosca, si así lo quieres, pero medita bien lo que haces. La araña, por ley de Naturaleza, vive sujeta á las mallas de esa red, que son su elemento de vida; cuanto cae dentro de su radio le pertenece, es suyo; ella no tiene culpa de la crueldad que informa sus acciones; no la tiene ni de su voracidad, ni de su furia. Su instinto la obligó á refugiarse en ese agujero lóbrego; su instinto la obligó también á tejer esa tela destructora. Así fué hecha, así existe. El acto de nacer implica el derecho de vivir, lo mismo en la araña que en el hombre. Si esa mosca que tiembla con espanto, fué lo bastante irreflexiva para dejarse aprisionar, la araña, devorándola, no se venga; obedece simplemente á necesidades de su organismo. La mosca volaba hace un instante, libre, feliz.... tropezó en esa red y cayó en ella, porque

debía tropezar y caer. Ese era su destino: caer. La araña estaba en acecho de una presa; la presa llega á su alcance y se dispone á devorarla. Ese es su destino: devorar.... ¿Tu quieres oponerte? ¡Locura!.... No lo hagas. Deja que se cumpla el destino.

—No—repuse yo sin apartar la mano de sobre la cienicienta red,—no; te engañas. Mi deber consiste en salvar á ese insecto; él representa la debilidad, la desgracia, la impotencia, el ruego; su enemigo el poder, la fuerza, la crueldad, el triunfo: son el verdugo y la víctima, horrible el uno, suplicante la otra; librar á ésta de las garras de aquél es hacer un bien; el bien no razona, no quiere razonar, no puede razonar.... No te opongas á mi decisión, porque sería inútil.

Y dispuesto á cumplir mi promesa, procuré desasirme de mi compañero; pero éste, sin soltar mi brazo, exclamó con acento convencido y despótico:

—¡Déjala, insensato, déjala! ¿Quién eres tú para oponerte á leyes inmutables? ¿En qué razón te fundas para obrar así? ¿En la razón del bien? Te engañas. El acto que pretendes realizar no es justo, pero tampoco es bueno. ¿Es tu ánimo salvar á ese insecto, sólo á ese? Pues tu bien resulta estéril, completamente estéril; no impedirás con ello que otros insectos se enreden en las mallas de esa tela, ni que la araña los devore. Salvar uno entre mil es injusta y ridícula pretensión que nada resuelve. ¿Tratas, por ventura, de pasar la vida en este sitio librando á todas las víctimas que se aproximen á él? ¿Sí? Pues entonces cometerás un crimen tan horrible como el que intentas dirimir. Esa araña negra, vellosa, deforme, tiene derecho á la vida. ¿Vas tú á privarla de su alimento? Sea en buen hora; salvarás á las moscas y matarás de hambre á la araña. Este es el dilema. Además, matando á esa araña ¿consigues algo? ¿Es la única? Y si no es la única, ¿qué pretendes? Loco, y más que loco, necio, deja que el destino se cumpla en eso como en todo. La mosca es el derecho de la araña. Respétalo.

Yo, herido por aquella lógica brutal y convincente, retrocedí un paso dejé caer los brazos á lo largo del cuerpo y permanecí inmóvil. La araña, aprovechando mi descuido, dió un salto formidable, salto de tigre, y cayó de golpe sobre la mosca, que aleteaba angustiosamente. De un zarpazo la partió en dos, y rápida, satisfecha, orgullosa de su triunfo, penetró en su caverna, arrastrando el ensangrentado cuerpo de la víctima.

Cuando alcé los ojos, un cadáver más oscilaba en los bordes de la red; lo miré tristemente, y mi compañero, señalándome con imperioso gesto los pájaros que picoteaban el sazonado fruto de la higuera, los insectos que robaban su jugo á las flores, el sol agostando la mies, los chiquillos golpeándose furiosos por la granada caída del árbol, el lagarto en acecho de una presa y la muchacha restregando sobre enaguas y camisas un trozo de jabón que se deshacía como el placer en burbujas irisadas y pasajeras, me dijo con voz grave, no exenta de amargura:

—Esa es la ley. Cúmplela, déjala cumplir. Ya llegará un día en que sus mallas te sujeten como esas mallas sujetaban al insecto que pretendiste salvar, y caerás, como él, sin que nadie pueda torcer las inflexibles determinaciones de tu destino.

JOAQUÍN DICENTA.





## MARCHA DE VELOCIDAD Y RESISTENCIA

PRACTICADA POR UNA SECCIÓN DEL REGIMIENTO DE CABALLERÍA

## LANCEROS DE ESPAÑA

por el comandante del mismo

D. ELADIO R. DE VINUESA.

## Comparación y deducciones.

Algunos dirán que las puestas en práctica en este regimiento, aunque por su intención sean loables, por su resultado no tienen importancia. ¿Qué es andar 44 kilómetros seis días seguidos? ¿Qué recorrer 243 en tres jornadas? Todos tenemos atestada la memoria de hechos más notables. ¿Quién en las reuniones del cuerpo de guardia no habrá oído contar hazañas ecuestres infinitamente superiores? ¿Quién no conoce, trata y se codea con los héroes á granel que las dieron feliz cima? Pero lo cierto es que algunos las inventan y los más, de buena fe, las exajeran. El entusiasmo, que late lo mismo en los pechos juveniles que bajo las nevadas canas, las aumenta y da forma, auxiliado por los recuerdos confusos producidos por el tiempo y la distancia.

Podrá decirse que no se trata de tales hechos, sino de otros formalmente atestiguados. Sin negarlos todos, pase-mos á examinar algunos de éstos.

Zubowitz, Lenk, Salvi, han recorrido á caballo distancias fabulosas á razón de 110 ó 120 kilómetros al día; pero se trata de jinetes y caballos excelentes, ó, mejor dicho, excepcionales. Oficiales rusos han hecho de Niesvije á Ninsk 109 versas (poco menos que kilómetros) en solo catorce horas, y de Varsovia á Yanobo 160 en igual tiempo; notable diferencia. Los tenientes König y Arnim, ambos alemanes, hicieron la misma marcha en la campaña de 1870, y ocho oficiales italianos, del regimiento de Novara, emplearon cinco días en andar 460, y siete de Saboya recorrieron 50 en menos de dos horas; sin embargo, estos casos y otros análogos nada significan, aunque se admitan como ciertos, por ser, no cabe duda, de igual índole que el antes mencionado.

Lo mismo puede decirse de otros mil practicados en caballos excepcionales ó que tenían el paso de andadura. Con este paso se puede andar cómodamente 25 leguas, ó más de 140 kilómetros en un día. Era el que antes se usaba por los famosos machos de camino, que, con preferencia, á este fin se utilizaban. El trote en la caballería es relativamente muy moderno, y como hacen aún los árabes, los aires normales eran, anteriormente, el tranquilo paso y el galope corto, ó veloz y decidido.

El resto de los casos que se citan por algunos son referentes al ganado de arrastre ó tiro, que está demostrado que soporta mejor y con menos incomodidad su trabajo que el de silla. Por eso se les ve trabajar al paso diez, doce y hasta catorce horas diarias, permaneciendo en buen estado. Luego hay que tener en cuenta que la molestia del que le dirige, sentado con toda comodidad y holgura, es inapreciable, y le hace ser más exigente. Además, no hay que olvidarse que el jinete pide toda la velocidad á su montura, no obstante sobrellevar más peso que el mulo de carga más robusto, cuando á éste sólo se le exige que avance con paso lento y sosegado.

También citan otros al regimiento italiano de Monferrato, que, en terreno montañoso de Noguera á Bobio, hizo 170 kilómetros en veinte horas. Ignoramos si fué la marcha en una ó más jornadas, y de todos modos, la velocidad media de 8 y medio kilómetros por hora para un regimiento parece exajerada y necesita comprobarse.

Examinemos, entre los encomiados, otros más concretos. El 9 de Noviembre de 1870 el general Von Wittick envió desde Villars un teniente con sólo un ordenanza para avisar su arribo al general Von der Tann, que se batía en retirada. El oficial pasó por Artenay, cumplió su misión en Saint-Pruvige y se unió á su jefe en Viabon. Según la relación alemana, en veinticinco horas, con el mismo caballo, había hecho 158 kilómetros. Pues bien, aumentando los 25 de la etapa anterior de Chartres á Villars, sólo resultan en realidad 94. En otra de general Von Colomb, de 19 de Agosto, dice que «se quería saber si había una concentración de tropas francesas en Epinal á 52 y medio kilómetros sobre su franco. Se juzgó este trayecto demasiado considerable para caballos de tropa, que no habían tenido, en doce días, más que uno de reposo, y se enviaron dos tenientes bien montados.» Éstos cumplieron su misión recorriendo los 105 kilómetros de ida y vuelta en diez y siete horas; pero desde Diarville, punto de partida, hasta Epinal, hay por un camino 37 y por otro 42 kilómetros. Suponiendo que utilizasen ambos, son sólo 80 en vez de 105.

En la misma guerra franco-prusiana, entre los hechos de exploración, figura como notable que el 27 de Noviembre un escuadrón de hulanos fuese de Allaines á Bonneval para ponerse en relación con el cuerpo de ejército del Duque de Meclemburgo y regresase al suyo, habiendo hecho 90 kilómetros en diez y ocho horas. Es muy posible.

En las maniobras del 15.º Cuerpo francés, en el año 1877, el 4.º Regimiento de cazadores franqueó 75 kilómetros en diez y siete horas, y el 20 de dragones 84 en igual tiempo, y en 1881 un escuadrón de 11.º de dragones recorrió 56 kiló-

metros en ocho horas, siendo de 64 el total de la jornada.

Vemos, pues, que dejando á un lado las exageraciones, la sección de este regimiento ha hecho 92 kilómetros en menos de catorce horas, quedando en todo su vigor y lozanía, superando por consiguiente, ó igualando cuando menos, los celebrados hechos de los oficiales y hulanos alemanes.

También en las maniobras del otoño de 1880, en Galitzia, un escuadrón de caballería austriaca parece ser ejecutó en tres días tres jornadas de 92, 84 y 45 kilómetros respectivamente, total 221 en cincuenta y cuatro horas. Son completamente admisibles y seguros los primeros datos, el del tiempo es bastante escaso, y dudoso cuando menos.

El eminente general Lewal, cuya autoridad es indiscutible, cree precisos cuatro días para recorrer en el servicio de exploración 240 kilómetros, y señala sesenta y nueve horas en los casos urgentes y precisos.

Pues en la prueba que nos ocupa se han andado 243 en menos de setenta, á pesar de que la inclemencia del tiempo obligó á añadir un descanso extraordinario de cuatro horas para no fatigar inútilmente hombres y caballos.

Á pesar de esto, podía aducirse que, el ejército ruso se han recorrido 240 y 370 kilómetros de Krasnoe á Tsarskoe, y de ida y regreso de San Petersburgo á Pomerania, en 2 y 4 jornadas respectivamente, en cuarenta y cincuenta y seis horas de marcha. Es cierto, si bien hay que tener presente que las secciones que les dieron cima eran de la escuela de caballería, y compuestas de oficiales y ordenanzas con 2 y 4 caballos de repuesto y otros tantos para cargar las raciones y herraduras. Como si dijéramos, picadores y desbravadores en caballos de primera clase. Así llegaron á recorrer 563 versas en seis días.

En las mismas condiciones, 4 oficiales y 14 cosacos voluntarios, después de hacer tres marchas preparatorias, van de Nijni-Nougorod á San Petersburgo, deteniéndose dos días en Moskow, haciendo en catorce, al término medio de 80 kilómetros diarios, 1.095 de trayecto. Llegaron en perfecto estado. Es un caso de los más notables.

No obstante, estos mismos cosacos, estos hijos de la niebla y de la estepa, estos centauros en que se identifica el hombre y caballo marchando por Sotnias (escuadrones) no dan los mismos resultados. Una del 10.º Regimiento y otra del 15.º de cosacos del Don, en Enero de 1884, recorrieron 330 versas en tres días, maniobrando á las órdenes del general Gourko, perdiendo en el trayecto, cada una, de 16 á 20 caballos.

Todavía es mayor la diferencia si se trata de un regimiento. El de Dragones de la Guardia partió de Krasnoe-Seló para Ijora en el mes de Mayo, y aunque sólo hizo 75 y 69 kilómetros, ó sean 144 en dos jornadas, y después de un día de descanso otra de 32 para regresar á su destino, tuvo un caballo muerto, 15 inutilizados, varios visiblemente enflaquecidos y más de dos tercios con marcadas muestras de fatiga.

Inútil es hablar de los raid de los Estados-Unidos. Con caballos árabes ó americanos se pueden obtener recorridos portentosos, que son inaplicables si se trata de otras distintas aunque nobles razas.

Resulta de estas experiencias que, una tropa de caballería sometida á tan rudas y penosas pruebas, no puede lograr su objeto sin sembrar por el camino una parte mayor ó menor de su efectivo. Hay que tenerlo presente en su día, para valorar si la operación que se les encomiende vale realmente lo que cuesta.

También hay que fijarse en que los caballos no pueden sobrellevar los aires vivos mucho tiempo. Las marchas consecutivas de 60 á 70 kilómetros las soportan yendo al paso, invirtiendo quince horas y descansando nueve cada día. Si se hacen en menos tiempo, en ocho horas por ejemplo, aunque reposen diez y seis, el ganado se arruina y pronto se ve en la imposibilidad de continuarlas.

Y no hay que hacerse ilusiones, la resistencia de los animales, sobre todo en campaña, es bastante limitada, y la de los hombres no debe aniquilarse.

Lo mismo sucede con la velocidad. Todos los autores previenen para la transmisión de los partes por medio de relevos, la de 10 kilómetros por hora al paso y trote, 15 á este último aire y 20 al galope. Sin embargo, Napoleón, tan inteligente como práctico, se contentaba con ocho, y este es el resultado que los hechos sancionan y confirman. Siempre hay que restringir la rapidez y resistencia teórica, si hay que utilizarla.

Las demostradas por la sección de este regimiento son suficientes, y ha cumplido como racionalmente se esperaba.

Lewal ha dicho «que es difícil prolongar una operación rápida más allá de seis á siete jornadas, y hacer más de 50 kilómetros al día en las condiciones excepcionales de peligro y de alerta en que se hallan.»

Las privaciones, los trabajos, el insomnio, el cuidado y alerta constante y necesario, y su repetición, impiden prolongarlas largo tiempo; y no pueden emplearse los mismos hombres, y sobre todo los caballos, un día y otro día, y cercanos ó alejados, á intervalos regulares ó irregulares, hay que constantemente, relevarlos.

Según buenos autores, se puede estimar en seis días la

duración máxima, y en dos la habitual de estas operaciones. En ese tiempo, y con las velocidades que hemos reconocido como verdaderas y convenientes en la práctica, se pueden hacer en esta forma.

Una tropa, no muy numerosa y en las condiciones requeridas, puede recorrer 100 kilómetros en un día si es preciso, ó ir ó adelantarse á 50 y regresar. En dos franquearán 160, ó 80 en la ida y 80 en la vuelta. En tres 210, á 70 cada uno; es decir, que puede ir y volver á 105 de distancia. En cuatro irá á 120 ó 240, haciendo 65 por jornada, y en seis se alejará á 180 ó podrá llegar á 360, y las marchas serán entonces de 60 diarios.

Todavía puede esforzarse la rapidez en las distancias precitadas.

Si es necesario, 100 kilómetros pueden hacerse en veinte horas, diez y siete de marcha y tres de descanso.

160 en cuarenta, con un descanso, para el reposo de hombres y caballos, de ocho horas, que es lo suficiente; antes suponíamos cuarenta y ocho.

240 en sesenta y nueve, con cuatro marchas de once horas y tres reposos de ocho; ordinariamente se deben emplear noventa y seis.

Y 360 se podrán hacer en 100 en vez de 144, ó seis días, con marchas de 60 kilómetros en diez horas, y cinco largos descansos ó reposos de ocho horas cada uno.

Ya hemos visto que se pueden obtener velocidades y recorridos más considerables; pero también hemos visto sus efectos, y nunca debe pedirse demasiado.

Con lo que hemos dicho basta, en general, para llenar cumplidamente el servicio ordinario de campaña.

Se puede ir á 50 kilómetros y traer noticias ó llevar una misión rápida en veinte horas. Avanzar 80, 105 y 120 y retirarse, entre cuarenta y cuarenta y nueve horas, y se puede llegar y volver á 180 en menos de cien horas. El ejército amigo ó enemigo se hallará, según los respectivos casos, á tres, cuatro, cinco, seis y nueve jornadas; y admitiéndose los mismos, puede hacerse en ellos las que los cuerpos de ejército ó divisiones del supuesto tendrían que dividir en cinco, ocho, diez, doce y diez y ocho por lo menos.

Es un campo de acción con el que se puede obtener noticias, comunicadas, explorar el terreno, ocupar posiciones y dar golpes atrevidos; en una palabra, ser el insecto pegajoso, dañino y persistente que sea la pesadilla y lleve la alarma y el terror á todas partes.

ELADIO R. DE VINUESA.

(Concluída.)

## LO IRRACIONAL EN LO RACIONAL.

Para los espíritus excépticos que hasta de la inteligencia humana llegan á dudar en ocasiones, como se obstina en dudar el descreído insulso de los fenómenos sobrehumanos más maravillosos, la inteligencia animal no existe. Sólo admitida como fatal instinto por retrógradas inteligencias, como quimérica ilusión, como delirio tan sólo de imaginaciones calenturientas y avanzadas, admitenla unánimemente los sabios modernos como no puede menos de comprenderla y admitirla todo hombre dotado de regular espíritu investigador.

La observación diaria nos lo revela de una manera palmaria, si recordamos los actos irracionales más simples, los fenómenos más elementales que los organismos inferiores presentan.

Lo mismo la hormiga en la complejidad de sus faenas, que la voraz araña y la laboriosa abeja en las suyas, ¿dejan de presentarnos fenómenos que no sean dignos del más concienzudo estudio? Aunque en orden más inferior, otro tanto vemos sucede en todas las demás especies de la escala zoológica.

Respecto á la hormiga no puede menos de llamar la atención que un animal tan pequeño en volumen, aunque dotado de titánicas energías, tenga arrojo bastante, como prácticamente me hizo ver no ha mucho tiempo mi excelente y querido amigo D. José Zahonero, para atreverse y luchar ventajosamente con un animal tan formidable como lo es, respecto á su tamaño, un coleóptero cualquiera.

El que como yo haya tenido ocasión de presenciar una de estas curiosas luchas que las hormiguillas sostienen heroicamente hasta destruir á su temible adversario, y se haya fijado en la táctica guerrera que emplean para organizar el ataque,



bárbaro cual de salvajes hordas, no puede menos de reconocer en ellas un instinto superior..... algo que con la inteligencia se relaciona.

Pero no adelantemos ideas, y procuremos explicarnos del modo más completo estos actos sencillos de reacción nerviosa, para comprenderá satisfacción los más complicados.

Y empecemos por los simples reflejos.

De igual suerte que en la especie humana encontramos reflejos simples, propios y exclusivos de la reacción nerviosa común ordinaria, en la especie animal encontramos igualmente esta misma reacción exteriorizada por mil variados fenómenos.

¿Requírese una demostración en el acto?..... ¡Cosa sencilla en verdad!

El pulpo, al ser excitado—y me sirvo de igual ejemplo que Richet elige para explicarse esto mismo—arroja violentamente su tinta hacia adelante..... ¿Por qué? Porque su organización es tal, que la excitación periférica que ha estimulado los centros nerviosos les provoca á excitar los nervios motores, los cuales á su vez hacen contraer enérgicamente la cavidad donde aquel pigmento orgánico se contiene.

Una frase vergonzosa transporta en grandes oleadas la sangre á nuestras mejillas; un ruido algo intenso obliganos inmediatamente á contraer los párpados, etc. etc.

¿Qué diferencia podemos señalar entre este sencillo automatismo reaccional que en nosotros se impone y aquel que le ha obligado al pulpo á lanzar su líquido pigmentario? Absolutamente ninguno.

Un estímulo exterior ha obrado imperiosamente sobre aquel inferior organismo, que le ha hecho reaccionar de aquella manera; un estímulo exterior ha obrado sobre nosotros, que nos ha inducido á reaccionar de ésta. El hecho en los dos es el mismo, y aunque desemejantes parezcan en su manifestación exterior, regidos hallanse ambos por la mismísima sencilla ley fisiológica.

En los animales de orden inferior, cuya inteligencia es casi nula, los reflejos emocionales psíquicos, comunes á todos los individuos de la misma especie, constituyen casi la totalidad de su vida de relación. No hace otra cosa el individuo que seguir, según las variables condiciones exteriores, el ciclo de los reflejos emocionales que dependen de su estructura.

Si deseamos estudiar estas diferentes gradaciones-reflejas, llegando, por último, á los actos de asociación de ideas y á la inteligencia animal en el familiar perro y en las impresiones complejas que experimenta, encontraremos ejemplos mil para nuestra demostración.

Veamos alguno de ellos. El perro tiembla de miedo; llegando este temblor en ocasiones á tal intensidad, cuando, por ejemplo, nota la presencia del terrible lobo en sus inmediaciones, que se convierte en fenómenos convulsivos característicos. Este es un hecho natural, en el cual no interviene para nada absolutamente la memoria, puesto que es la primera vez que aquel perro ha percibido el olor del lobo.

Supongamos que este mismo perro ha sido castigado por su amo una, dos, varias veces..... Cada una que vea el látigo, recordará perfectísimamente el castigo que su amo le impuso, y si ese mismo látigo que le lastimó tan cruelmente su cuerpo vésele blandir de nuevo á su dueño, un temblor general se apodera instantáneamente de todos sus miembros.

¿Qué diferencia ha habido, pues, entre aquel fenómeno y éste?..... En el un caso, el reflejo ha sido simple remedo tan sólo de su condición estructural nerviosa; en el otro, ha habido algo más, se han operado recuerdos, asociación de ideas, y

se ha manifestado el temblor psíquico reflejo, independiente por completo de su organización.

Y si queremos llevar la cosa más lejos, sin salirnos del mismo ejemplo, podemos concebir todavía una asociación de ideas más complicada. Colguemos á un clavo el látigo con que ejecutamos el anterior castigo, y con sólo que aproximemos allí la mano, determinaremos rápidamente en el perro una asociación de ideas tal, que el temblor aparecerá con igual intensidad que antes.

¿Cómo se ha operado esta modalidad en el cerebro del perro? De igual modo que en nosotros se operan el temblor, la cólera y otros fenómenos semejantes, producto de la asociación de ideas.

Vayamos más adelante todavía en estas curiosas disquisiciones fisiológicas. Cuando vemos el perro de caza saltar de gozo en derredor de su amo al reconocer á éste dispuesto ya para aquel ejercicio, puesto que le ha visto con la escopeta al hombro, el morral á la espalda y calzando los acostumbrados botos de caza, ocurrenos decir seguidamente:

..... ¡He aquí un perro inteligente! Y efectivamente; esta especial asociación de ideas viene á constituir algo parecido á un juicio, no tan perfecto como el que nosotros formamos, es cierto, pero sí una asociación de ideas bastante completa que del juicio no se diferencia gran cosa.

Y no hay que pensar que en todas las variedades de la misma raza canina se encuentren estos fenómenos de un modo idéntico; nada de eso. Mientras hallamos uno que es inteligente, otro encontramos que es obtuso de inteligencia.

Enteramente igual sucede en la abeja y la hormiga.....; si nos fijamos en las luchas que las hormigas sostienen con sus invasores enemigas, veremos unas dotadas de increíble suspicacia para el ataque, mientras que otras no revelan la menor iniciativa guerrera.

La misma distinta gerarquía intelectual se encuentra en todas las demás variedades de la escala animal.

Si esta cualidad fuera propia y genuina de su organización, sería indudablemente común á todos ellos, con muy ligerísimas variantes; no siéndolo, y aquí hacemos punto por hoy, algo hay, llámesele como mejor plazca, que se conserva enteramente independiente de la organización, que se asemeja mucho á una inteligencia y que la psicofisiología en su progreso, cada vez más creciente, se encargará un día de probar.

DR. J. SAMPIETRO GÁLLEGO.



## OBSERVACIONES

SOBRE

LA AGRICULTURA Y NUESTROS AGRICULTORES.

La tierra ha sido y será siempre el manantial inagotable encargado de satisfacer las necesidades del hombre, lo mismo las intrínsecas á su organización, destinadas á girar en ese círculo eterno de las metamorfosis que se mueve en sí y por sí para dar sin interrupción origen á nuevas creaciones, que

á esas otras necesidades no hijas de su naturaleza ni á su desarrollo precisas, pero que el hábito, la sociedad, las exigencias de la época y la tendencia permanente de la materia á la inacción, han creado como tales necesidades, imponiéndose á veces, en tal grado, que no es difícil encontrar quien supedita en gran parte las primeras á las segundas, quizás porque estas afectan de un modo más íntimo á su orgullo, ó porque llenándolas alejan la idea de su prioridad sobre las otras.

Dotado el hombre de esas necesidades materiales, bien sean las unas congénitas á su existencia, bien las otras adquiridas más tarde en virtud de causas distintas, es lo cierto, que, viéndose obligado á satisfacerlas como condición indispensable de su vida, buscó sobre la tierra que pisaba los elementos adecuados á esa satisfacción, sacando del reino animal, como del vegetal y mineral, cuanto preciso le era, y realizando, á la vez que un acto material en el cumplimiento de aquéllas, otro intelectual de grado elevado, un juicio, que sirviendo de alimento á su inteligencia, diera á ésta, vida, como el animal, el vegetal y el mineral se la habían dado á su materia.

Descartemos por ahora cuanto á la vida intelectual del hombre se refiere, y fijémonos solamente en las exigencias de su organismo; es decir, en su organización viva.

Hemos visto de que manera el hombre buscó en los seres que le rodeaban y correspondientes á los tres reinos—si tal división puede admitirse—los medios de subsistencia; en los productos del suelo halló lo que deseaba, y hasta aquí nada puso de su parte para la creación de tales productos, tomándolos tal como la Naturaleza se los ofrecía, y haciendo sólo un trabajo de comparación, que le permitiera distinguir lo útil de lo inútil, lo nocivo, de aquello que le sirviera de preciosa aplicación para calmar su sed, tejer sus vestidos ó construir la choza donde guarecerse del rigor de los elementos. Deslizándose sus días en una vida errante, solitaria y sin grandes sensaciones, creadas por una organización gastada al ímpetu de las pasiones, á la corriente de los deseos ó á la decepción de las esperanzas perdidas, contentóse con lo que á su paso halló, y sus aspiraciones, en armonía con su falta de cultura, encerráronse en los límites de la contemplación natural.

Pero más tarde, el hombre, como ser perfectible, progresa; su cerebro vase levantando del estado de estupor en que yacía, al golpe reiterado de la idea que cada día más fuertemente y con más violencia le sacude; en él se fabrican ya esas admirables funciones y operaciones del pensar, y ya no se contenta ni puede satisfacerle tomar solamente lo que encuentra al azar; es necesario que se de cuenta del por qué de su existencia; y observa, medita y compara, tratando de reproducir lo que la Naturaleza con sencillez le presenta, á la vez que su cuerpo, movido por energías más fuertes, solicitado por impresiones hasta entonces desconocidas, y desarrolladas por el medio social que de un modo inconsciente él mismo ha creado, necesita una reparación más perfecta y delicada, en relación con el desarrollo de su voluntad y la perfección de sus sentidos.

Desde entonces se dedica al estudio de las condiciones en que existen los seres naturales; advierte las circunstancias favorables y adversas á su desarrollo, las influencias que ejercen entre sí esos mismos seres, bajo conceptos tan complicados como numerosos, y resumiendo todas estas observaciones, las metodiza y saca sus conclusiones, para dar origen á la ciencia y arte á la vez, de más trascendencia en la vida tanto individual como social: á la Agricultura, sin la cual, la industria casi desaparece, el comercio se reduce á la expresión más mínima, y la riqueza de los pueblos y su desenvolvimiento que sobre este trípode se sostiene, queda asimismo reducida ó anulada.

He aquí el origen más remoto de la Agricultura. Ahora bien; dada esta su importancia, no sólo por nacer, como todas las ciencias naturales con el hombre mismo y de sus propias necesidades, sino por ser el fondo inagotable de riqueza, en la cual cifran la suya la industria que con sus elementos trabaja, y el comercio que con sus productos vive, ¿le concede la sociedad toda la importancia que en sí tiene, y la coloca por medio de su celo y actividad en el lugar que de suyo le corresponde? Desde luego podemos afirmar que no, en la seguridad de no ser desmentidos.

Para comprobarlo basta recordar el hecho siguiente. Nada más fácil que encontrar á nuestro paso uno que se dice agricultor; preguntadle, inquirid de él por qué se llama agricultor, y por toda contestación, os conducirá á su casa y os mostrará sus depósitos llenos de granos; sus campos, en que la vista se pierde, cuajados de verdura; sus apriscos, repletos de ganado; sus dehesas pobladas de árboles añosos y corpulentos, y sus corrales inmensos llenos de aves, que ahuyentan los mozos y zagales al cruzarlos en sus últimas tareas precursoras del descanso; os pondrá, en fin, de relieve una de esas casas ricas en el fondo y pobres en la apariencia, que todos hemos observado en la cercana aldea ó en el pueblo que nos vió nacer.

He aquí la única respuesta que dará á vuestra curiosidad. Pero una vez conocido esto, seguid preguntando; indagad de ese agricultor los procedimientos puestos por él en prác-



tica para obtener de la tierra el más ventajoso resultado; las causas lógicas que motivan esos mismos procedimientos; la razón que le asiste para determinar la alternativa de cosechas; para la elaboración y conservación de los abonos; para las labores preparatorias de la tierra en que más tarde ha de desarrollarse la semilla; para el fomento, en fin, de sus ganados, y apenas si escucharéis de sus labios alguna que otra razón empírica, basada en una experiencia que adquirió desde sus primeros años, y que conserva como tradición sagrada y viva que le recuerda la memoria de sus antepasados. Ninguna razón que á la ciencia se acerque, ya que no sea rigurosamente científica; nada que recuerde siquiera la existencia de esa misma ciencia, llamada á iluminar la inteligencia de nuestros agricultores, suministrándoles datos preciosos en que basar sus hechos.

Todo es empírico; todo tradicional; este hombre podrá ser agricultor en el sentido más estricto y etimológico de la palabra; pero nunca verdadero agricultor, que son conocimiento anterior de las causas: va directamente á sus fines, sin que la antigüedad y el recuerdo de tal ó cual práctica sean razones bastantes para seguirle, si en armonía con las leyes naturales ó la razón científica no se encuentra.

Esto es nuestro actual agricultor: un hombre, un general, de grandes afectos y de los sentimientos más puros; de una razón natural, en muchos casos hermosa y brillante, pero recubierta en general de un velo que la empaña, formado por las preocupaciones y extrañas creencias que desde sus primeros años se infiltraron en su inteligencia, llegando á constituirse en reguladora de sus actos y hasta en objeto de su culto.

Y no es seguramente el agricultor el culpable de ese atraso relativo en que vive dentro de su profesión, no; es la sociedad misma que, quejándose constantemente de este defecto y del atraso de la Agricultura, es la primera que á él contribuye, labrando la separación entre el agricultor y el resto de las clases sociales, al caracterizar tal profesión como la más humilde y compatible con la ignorancia, y aislarle de un modo tan completo, que no pudiendo hacerse partícipe por la mutualidad de relaciones de las idas generales y progresivas que á la humanidad impele, trata de crear otras propias y características con que responder á las cortas exigencias de su inteligencia; ideas que, alejadas del roce con las demás, pasan de generación á generación, siempre con las mismas formas é idénticos defectos, que difícilmente podrá ya vencer la luz de la civilización, por haber tomado con el tiempo carta de naturaleza en todos los pueblos, y serle costoso siempre al hombre olvidar hechos y recuerdos con los cuales se encuentra connaturalizado, y en cuya contemplación ó bajo cuya influencia ha sentido transcurrir el más largo y activo período de su vida.

Es tal el convencimiento que el mismo agricultor posee de su ninguna influencia en las distintas esferas de la actividad humana, que no quiere nunca para sus hijos tan triste papel, y á pocos recursos con que cuente, ó por pocas dotes intelectuales que aquellos posean, les hace olvidar que su riqueza está en el cultivo de la tierra, inculcándoles la idea de estudiar una ciencia determinada que les de valor y prestigio, condiciones que no alcanzarían nunca de seguir las huellas profesionales de su padre.

De este modo, la Agricultura, vese constantemente despojada de una juventud inteligente, trabajadora y ganosa de laureos; quedando en brazos de las últimas clases sociales que por carencia de recursos unas veces, y otras por haber nacido en ese medio especial, que antes hemos dicho el agricultor ha tenido que crearse, apenas si su ilustración se distingue, y están siempre dispuestas á escoger con preferencia las prácticas de sus antecesores, cuya mejor razón es este mismo origen remoto, sobre los descubrimientos y adelantos que las ciencias realizan todos los días, y cuya significación y verdad no pueden comprender como un hecho natural y de satisfactorios resultados.

Sea de esto lo que quiera; sean estas las causas del estado especial de nuestros agricultores, bien se agreguen á ellas otras de índole político-administrativas, que no dejamos de reconocer y que en otra ocasión pensamos tratar, es lo cierto que á nuestro agricultor le faltan elementos de ilustración para dar impulso á sus cultivos, y que nuestra Agricultura se halla en un estado cada día más lamentable, sin que disminuya en nada este carácter general los pocos casos particulares que á nuestra vista se presentan, en la instalación de grandes fincas agrícolas, montadas con arreglo á las determinaciones científicas y las creaciones del Arte y la Industria, porque éstas se hallan en tan escaso número, que no pueden nunca sus beneficiosos efectos sentirse en el estado general de nuestra Agricultura, ni menos contrarrestar los inmensos perjuicios que de su falta de desarrollo y progreso se desprenden.

No es que nosotros pretendamos hacer de todos los agricultores hombres de ciencia dedicados al descubrimiento de las leyes que rigen tal ó cual fenómeno; no queremos que el agricultor conozca en todos sus detalles y momentos el desarrollo de un vegetal, desde el instante en que arrojó su semilla bajo la tierra hasta que en busca de luz se levante, ofreciéndole sus perfumes, sus colores ó sus frutos. No creemos

que le sea asimismo necesario el conocimiento exacto de las funciones realizadas por el mismo vegetal ó animal, é indispensables para su vida. No es nuestra intención hacer del agricultor un completo naturalista que, marchando de efecto á causa, llegue hasta el más insignificante detalle y viva en esas que pudieran llamarse atmósferas de sutilezas científicas. No; al agricultor no le hace falta ir tan lejos para obtener los medios necesarios al desarrollo de sus intereses; no necesita poseer esa exactitud de conocimientos y ese conjunto de teorías que, si seducen, no siempre pueden traducirse al terreno de la práctica, que es el que al agricultor interesa; pero si tal exactitud no le es precisa, le urge en sumo grado alcanzar los conocimientos generales de todas estas cuestiones, para introducir, de conformidad con ellas, las variaciones que sean necesarias en sus métodos y procedimientos de cultivo. Debe á toda costa estudiar aquellos problemas en que ha de tropezar todos los días, y cuya resolución le es preciso conocer, á menos de perjudicarse notablemente en sus intereses.

Un agricultor que no sabe clasificar sus terrenos y practicar sus análisis, siquiera sea por sus propiedades y condiciones exteriores; que no ha tratado de inquirir las condiciones más favorables de cruzamiento, selección natural ó artificial para obtener especies cada vez más perfectas y herencia de caracteres predominantes, en relación con los fines á que han de ser destinados esos mismos seres; que no tiene noción alguna sobre biología animal ó vegetal, é ignora por completo las necesidades de cada especie; que no sabe asimismo diferenciar sus abonos, señalando el elemento químico predominante para fines ulteriores de aplicación, ni conoce tampoco los medios más adecuados á la conservación de cada uno de ellos según su composición; que ignora el desarrollo que alcanza cada individuo y la compatibilidad ó incompatibilidad de existir dos especies heterogéneas juntas; que no conoce las leyes más generales de economía rural, relacionadas con los medios más fáciles y económicos de transporte de productos, etc., etc.; el agricultor que tales conocimientos le falten, podrá, si, labrar la tierra y obtener de ella algunos ventajosos resultados, gracias á la prodigalidad con que ésta siempre se nos muestra, pero ni sus resultados serán nunca lo beneficiosos que debieran, ni el fomento de sus intereses será posible, ni nunca encontrará en sí elementos con que contrarrestar ni vencer las dificultades que á sus fines de agricultor le presente la Naturaleza, en lo que de material tiene, ó en sus manifestaciones de fuerza, traducida en el poder y rigor de los diversos meteoros.

Adviértase, por otra parte, que en la época actual no basta ya al agricultor obtener simplemente productos, si éstos no reúnen las condiciones impuestas por la competencia que todos los pueblos realizan de sus peculiares producciones, y en la cual se ven obligados á intervenir, si no quieren ver sus frutos despreciados y de imposible salida en los mercados. Que de nada ó de muy poco sirve recoger frutos, si éstos no se producen en bastante número para que la cantidad compense la baja en la venta y permita una circulación extensa que, á la vez que libre el nombre y crédito del agricultor, se imponga á las producciones extranjeras por su cantidad y precio. Que no es suficiente asimismo producir mucho, si á esta abundancia no se une una vista agradable y hermosa de los ejemplares que se cultivan, porque hoy no se sabe qué es lo que el comprador aprecia más; si su calidad, ó forma realizada por la previa preparación y manera más ó menos artística de su presentación en plaza.

Pues todas estas condiciones, que no hacemos más que enumerar con otras muchas que omitimos, no puede obtenerlas el agricultor que no posea los conocimientos anteriormente apuntados, y no obteniéndolas, su vida será siempre raquítica y miserable, reduciéndose la circulación de los productos que cultiva al estrecho círculo, no de una nación, sino de aquellos pueblos más cercanos, que, adoleciendo de los mismos errores, establecen sin escrúpulo sus relaciones comerciales, confundidos en los mismos defectos, que no tratan de corregir, y en las mismas pobres aspiraciones, que no tratan tampoco de agrandar.

Véase sino lo que está sucediendo, no á España, sino á toda Europa, con los Estados Unidos de América: pueblo éste infinitamente más joven que todos ellos; nacido ayer á la vida de la historia, ha sabido no obstante en tan poco tiempo estudiar en nuestros propios defectos, y apartarse de sus consecuencias, creando, después de fundar un régimen político firme y lleno de libertades que no coarten la iniciativa individual, una sociedad infinitamente más ilustrada en general que la nuestra; la cual, comprendiendo donde radica el verdadero medio de enriquecer su patria, no ha perdonado nada por fomentar su Agricultura, y por ende su Industria y su Comercio, dedicándose de lleno á tan grande obra, en contraposición á lo que entre nosotros sucede, las inteligencias más despejadas y los capitales más grandes. Por este medio sus productos, garantidos por las primeras y sostenidos por los segundos, aventajando en cantidad y forma á los de los demás países, han podido internarse en todos ellos en condiciones tan ventajosas para el comprador, que no hay posibilidad de competencia, y

aun se da el curioso contraste de que, provincias españolas, obtienen más beneficio tomando los artículos que este pueblo introduce en sus mercados, que aprovechando los originarios de su suelo. Y la riqueza de nuestras Castillas representada en sus trigos y harinas, y la de nuestras Antillas en sus azúcares y cafés, y la de Valencia y Murcia en sus arroces, hanse cuasi reducido á un simple comercio interior, ante la iniciativa y trabajo del pueblo americano, que con la unidad por norma y la idea de patria por guía, no perdona medio ni ocasión de hacerla tan potente como rica.

Esta debe ser también nuestra tendencia; pero para ello es necesario que nuestros agricultores comprendan, que si la tradición y máximas de sus antepasados son dignas de respeto y atención, es sólo hasta cierto punto; pero nunca hasta reconocer como verdaderos sus errores, cerrando voluntariamente los ojos á la ciencia moderna encargada de nuestro porvenir. Es necesario que no olviden, que si la práctica es útil en todos los casos, es sólo cuando es razonada é hija de una teoría no menos cierta ó probable y desprendida de la observación de los hechos. Que es menos perjudicial á la sociedad el hombre esencialmente teórico y dado á vagar en el campo de las hipótesis y de lo desconocido, que el práctico rutinario de continuo apegado á un sistema cuyas ventajas ve siempre, y cuyos errores ni siquiera sospecha ó no quiere reconocer.

Ahora bien, para inculcar tales conceptos en el ánimo de nuestros agricultores, urge practicar á toda costa una reforma esencial en nuestra enseñanza, sacándola de ese estrecho círculo de las grandes ciudades en que se encuentra confinada, para difundirla entre los pueblos todos, hasta los más pequeños, donde apenas pueden contar sus hijos con alguna que otra escuela de las llamadas incompletas, incapaz de todo punto de crear en el hombre aspiraciones que le lleven á trabajar en lo desconocido, ni menos sentar las primeras bases de una instrucción seria y formal. Porque no es bastante á una nación señalar como el mejor timbre que puede ostentar á la faz del mundo civilizado, esos preciosos templos del saber, esas magníficas Universidades encargadas de crear al calor del saber generaciones cada vez más fuertes por ser más ilustradas. Es preciso que estas grandes instituciones, sirviendo de centro, extiendan sus radios en todos sentidos, alcanzando lo mismo á la ciudad que á la aldea, de modo que todos, el pobre y el rico, el cortesano y el labrador, puedan sentir su influencia, recibiendo lejos de ese centro una instrucción, sino tan profunda y rica en detalles como la que de penetrar en su recinto obtendrían, si lo bastante sería para sin peligro y con fruto ser ampliada, y bastante general para servir de eficaz auxiliar en las diferentes esferas en que puede determinarse la actividad humana. Y entonces, con esta preparación de su inteligencia iniciada ya en el camino de las grandes verdades, y con estos elementos de ilustración utilizables en la comprensión de los difíciles problemas que la Naturaleza nos presenta, nuestro agricultor sabrá deponer por sí sólo y poco á poco sus errores, rompiendo el aislamiento en que hoy se encuentra para entrar de lleno en un período de reforma, que á la vez que le coloque en el lugar que en la sociedad le corresponde y fomente sus intereses, saque á nuestra Agricultura del fatal letargo en que hoy se encuentra.

DR. RUIZ ROJO.

## NOTICIAS.

En breve se reunirá en Barcelona un Congreso económico nacional, que tratará del comercio y navegación, agricultura, industria, ferrocarriles y canales é impuestos.

Formarán parte de este Congreso los Consejos de Agricultura, Industria y Comercio, los representantes de todas las sociedades económicas, las Cámaras de Comercio, las Academias científico-mercantiles, las Ligas de contribuyentes, las sociedades de carácter económico, las agrícolas, las de navieros, propietarios y ganaderos, las Compañías de ferrocarriles y transportes marítimos y de canales, los directores de las revistas de carácter económico, y todas las personas que formando parte de cualquiera de las corporaciones expresadas, ó por sus especiales circunstancias, hayan sido expresamente invitadas por la comisión organizadora para formar parte del Congreso.

En Salamanca, la plaga filoxérica que hizo su invasión el año pasado en los viñedos de Vitigudino, está tomando al presente desconsoladoras proporciones, amenazando extenderse por toda la zona vinícola de la izquierda del Duero, desde la confluencia del Tormes, en Villarino, hasta la del Agueda, en Fregeneda.

Varios cazadores se lamentan de no poder adquirir licencias de escopeta y caza porque en las Delegaciones de Hacienda no se han recibido los impresos correspondientes. Esto produce perjuicio en primer término á la Hacienda, que deja de percibir el tributo que paga la afición de la caza, cada día más extendida.





LOS ARTISTAS DEL BOSQUE.



## LA CAZA DEL OSO

POR D. ANTONIO DE VALBUENA.

### III.

A falta de paojas y espigas, el alimento ordinario del oso desde el fin del verano hasta la entrada del invierno, es el hayuco y la bellota. El hayuco, el fruto del haya, del que dicen con su habitual insipiente los académicos que es una «especie de bellota triangular», cuando no tiene parentesco ninguno con la bellota, y á lo que se parece más es á la castaña, pues se cría apareado en un erizo igual que el de ésta, el hayuco tiene un grano aceitoso y de sabor muy agradable; y la bellota de roble, aunque no es tan dulce como la de encina, también es alimento gustoso y nutritivo.

Ambos frutos se caen del árbol al llegar á sazón; pero el oso no suele esperar á que maduren, y para comerse los hayucos antes de acabarse de abrir el erizo, abanga las carcojas delgadas, mientras para comerse las bellotas antes de caer se sube á los robles. Como también la gente va á coger hayucos y bellotas, los primeros para molerlos y sacar aceite que se usa para lucir y para condimentar en sustitución del de oliva, y las segundas para cebar el ganado, suelen darse entre la gente y el oso graciosos encuentros. Hace pocos años una mujer que había visto la tarde anterior debajo de un roble una abundante llarada de bellotas, madrugó mucho para que nadie la cogiera la mano, y llegó al pie del roble al mismo amanecer, poniéndose á coger bellotas con mucha codicia. Al poco rato de estar allí, quizá por el mismo cuidado que ponía en guardar silencio para que nadie pudiera acudir á ayudarla, la dió tos, y apenas comenzó á toser, sintió un estruendo terrible, como si el roble se la viniera encima. Era el oso, que estaba arriba muy entretenido comiendo bellotas, y bajaba asustado descolgándose por las ramas, que es como suele bajarse de los árboles siempre, aun cuando haya subido por el tronco. La mujer llevó un susto muy grande, pero el del oso no fue menor seguramente.

Cuando el oso encuentra un roble fácil de subir y bien cargado de bellotas, no se contenta con la primera visita, sino que la repite todas las noches mientras no se le concluye el condumio, llegando á marcar de una manera indudable su huella en la subida y aún más perfectamente en la bajada, deshojando y descortezando la rama por donde se descuelga. Esta circunstancia bien observada, indujo en el otoño último á unos jóvenes de Pedrosa del Rey á ensayar un nuevo procedimiento para cazar el oso, procedimiento al parecer muy seguro, pero que, á lo menos por esta vez, no dió resultado. Convencidos de que el oso subía todas las noches á comer bellotas á un mismo roble, discurrieron ponerle al pie, hacia la parte de arriba, en el sitio precisamente desde donde el oso había de empezar á subir, un cepo de hierro de los que usan para coger lobos, zorras y tejones. Colocaron el cepo, no cebado, porque al oso no se engaña con cebos, sino perfectamente oculto, cuidadosamente tapado con hojas secas, de modo que toda la prudencia del astuto animal, con ser mucha, no pudiera librarle de pisar encima; y para que no se marchara con el cepo, amarraron éste á una haya delgada que estaba próxima con una cadena de hierro de las que usan para acuartar, también cubierta con hojas.

El oso cayó en el cepo; allí dejó como prueba mechones de pelo y gotas de sangre; allí se conocía, á la mañana, en lo trillado del circuito, lo mucho que había bregado por desprenderse; más lo consiguió al cabo. Bien fuera por casualidad, que no se ha dado nunca en favor de ninguna otra

alimaña, bien por virtud de su maravilloso instinto, el oso pisó con la mano que tenía libre el muelle del cepo, y pudo abrir éste lo necesario para sacar la que tenía presa. Cuatro días después vieron los pastores un oso que andaba con la mano izquierda encorbada y sin posarla en el suelo.

De las carnes, cuando el oso las coge afición, con la que más comunmente se regala, es con la de merina, ya por ser mejor y más tierna, ya por la menor dificultad de procurársela. De modo que, en los cuatro meses que las merinas están en las montañas de León, tienen los dueños de las cabañas un censo con el oso. Al rebaño, cuya majada está á la falda de algún monte espeso, ya se sabe, el oso va todas las noches ó casi todas, coge una merina debajo de un brazo, y á veces dos, una debajo de cada uno, y se marcha á cenarlas tranquilamente en lugar retirado. No importa que haya perros, como los suele haber, pues todos los rebaños de merinas suelen tener cuatro ó cinco mastines enormes de esos que se arreglan perfectamente con dos ó tres lobos cada uno; no importa que los perros den cuenta de la furtiva y silenciosa visita del oso, que no siempre la suelen dar, y salgan á perseguirle: no les tiene miedo porque sabe que de frente no le han de morder: si se le acercan demasiado se para y se vuelve á mirarlos muy tranquilo, y después que le ladran un rato y se desaniman, vuelve á andar otro poco, sin soltar la presa, hasta que consigne alejarse.

Los pastores conocen pronto en el ladrido de los perros cuando ladran al oso, porque le ladran parados, no latiendo ó japeando como cuando corren tras del lobo ó algún otro bicho que huye; pero aunque al oír el ladrido de los perros acudan á perseguir al ladrón con la escopeta, lo más que suelen conseguir, y esto no siempre, es que deje las merinas que llevaba, ahogadas ya por la violencia de su abrazo mortífero, sin perjuicio de volver más tarde por ellas ó por otras, á ver si coge á los perros y á los pastores más descuidados.

No es raro que la custodia del rebaño esté encomendada en las noches de verano á un par de rapaces, el motril y algún hijo del rabadán ó del compañero, que sustituye á su padre ocupado con las faenas agrícolas: tampoco es raro que esté el motril sólo, porque algún otro pastor grande que debiera estar con él en el chozo se ha ido de ronda. En estos casos, los rapaces que tienen ya conocimiento de las costumbres y de las debilidades del oso y han oído hablar del miedo que tiene á la lumbré, salen del chozo con un tizón en la mano, dando voces y dirigiéndose hacia donde suenan los ladridos, y se da el singular contraste de que un niño con un tizón pone en fuga á la fiera que se está burlando de media docena de mastines.

Después que las merinas salen de la montaña de León para Extremadura, es cuando el oso, ya empicado á la carne, suele atreverse con las vacas. Cuando esto sucede, como quiera que el oso no suele contentarse con menos que con matar cada día una, de la cual come lo que le está bien y empoza lo restante por si acaso al día siguiente no puede matar otra, y como los dueños de las vacas, que son propietarios en pequeño, no pueden soportar la pérdida de ellas como soporta la de las merinas el acaudalado ganadero de trashumante, no hay más remedio que acechar el oso ó disponer un ojeo contra él; en fin, en una forma ó en otra, perseguirle hasta darle muerte.

La manera como el oso acomete á las reses vacunas, es saltando encima de ellas, poniéndose á caballo, clavándolas las uñas en los costillares, y empezando á morderlas por las agujas. En los primeros momentos la víctima berra, y salta y corre desesperadamente para ver de sacudir de en-

cima al enemigo, pero luego se acobarda por lo regular, si no es una res de gran poder, y no se mueve hasta caerse muerta.

He oído contar en Pedrosa á contemporáneos del suceso, que una vez un oso muy empicado á las vacas, á traición, y hallándose el ganado en el sesto en el monte llamado los Abellanos, cerca del collado de Valdagrin, se montó sobre un toro enorme de seis años. El noble cornúpeto, después de hacer inútiles esfuerzos por soltar la carga, tuvo el instinto de echar á correr hacia el pueblo con el oso encima, que iba comiéndole por las agujas. Así anduvo como cosa de una legua, hasta un molino que hay cerca de las casas, donde el oso tuvo miedo á la gente, y echándose abajo se volvió hacia el monte. Pero el toro estaba ya tan mal herido que á los pocos pasos cayó sin aliento.

Hay quien cree que el oso es monógamo, y que aun el macho tiene cuidado de la cría en los primeros meses. No tengo el hecho por bien comprobado, y ni le niego ni le afirmo. La hembra sí, es indudable, que tiene mucho cariño á los esvaridos, y que los cuida con esmero hasta que son casi tan grandes como ella. Muchas mujeres no atienden con tan tierna solicitud á sus hijos, ni se toman por ellos tanto interés ni tanto cuidado. Se ha visto á una osa con dos esvaridos muy pequeños, perseguida por los cazadores, volverse atrás á buscar á sus hijos que no podían correr tanto como ella, y arrostrando valerosamente el peligro, entretenerse con ellos estimulándolos á andar, unas veces acariándolos y lamiéndolos, y otras veces castigándolos y dándoles azotes en las nalgas.

Por eso cuando se encuentra una osa con esvaridos, que suelen ser dos, y á veces tres, pero muy pocas veces, la manera segura de no dejarla huir y de poder tirarla, es tirar primero á uno de los hijos aunque sea de bien lejos, pues por poco daño que se le cause, la osa vendrá á recogerle y á acariciarle si está herido, y si está muerto á quejarse y gemir sobre él, oliéndole y como queriendo reanimarle. Pero hay que tener en cuenta que se pone furiosa, y si después de las caricias prodigadas en el primer momento al esvarido muerto ó herido, divisa por algún lado al cazador, se va á él como un rayo, y si no la tira, ó tirándola no la acierta, le despedaza.

Apuntadas ya las costumbres del oso y sus aficiones y preferencias en la alimentación, réstame añadir algo sobre el modo de cazarle con más seguridad y menos peligro.

Ante todo, consignaré que el estímulo para la caza del oso cuando no hace daño es, más que el interés, la gloria de matarle. Antiguamente, cuando el unto de oso se usaba mucho más, no sólo en la perfumería sino en la farmacia, el tiro de un oso bueno valía de dos á tres mil reales: hoy, contando con que la piel, si es fina y buena valga veinte duros, apenas entre el unto y la carne valen otro tanto.

De dos maneras puede hacerse la caza del oso: en acecho, y en montería. Respecto de la primera, es de advertir que para un cazador solo, aunque sea bueno, es siempre muy expuesta: deben ser dos ó tres y llevar buenas armas. Respecto de la segunda, á parte de la gran presencia de ánimo que necesitan los que han de colocarse en las esperas, sobre todo si no han tirado al oso nunca, no hay que recomendar sino el cuidado que es necesario en todas las monterías de no herirse los cazadores unos á otros.

Para cazar el oso en acecho, fuera de las ocasiones ya indicadas de cuando va de noche á robar merinas ó colmenas, ó á comer maíz ó trigo ó fruta, ocasiones que casi siempre se suelen malograr, hay todavía otra, que es el baile. Porque es de saber que la afición del oso á bailar no es toda infundida por los piamonteses, húngaros y bul-



garos que la explotan: también el oso libre tiene sus expansiones, que consisten en ponerse de pies y dar saltos y carreras en las inmediaciones de un árbol, llegarse á él, abrazarle, arañarle y descortezarle, separarse de nuevo á alguna distancia y volver á saltar y á correr hacia el mismo árbol, repitiendo la función muchas veces. En este ejercicio, para el que el oso elige siempre un llano en algún collado sombrío y silencioso, se distrae mucho y es fácil tirarle. Para ello, lo primero es conocer el lugar donde se solaza, lo cual no deja de ser fácil, ya por las señales de las uñas en el árbol que sirve de blanco á su buen humor, ya por la repetida huella de las plantas en el suelo, sobre todo cuando está húmedo; después hay que apostarse á distancia mayor de la conveniente para tirar, con objeto de que al llegar el oso no sospeche ni sienta nada, y cuando por el ruido conozca el cazador que ha comenzado la fiesta, puede aproximarse al bailador hasta tenerle á tiro.

En éste como en todos los tiros de acecho al oso, conviene advertirle, llamarle la atención antes de tirarle, no sorprenderle. Dándole una voz, con la escopeta á la cara y teniéndole ya encañonado, mira instantáneamente, reconoce la presencia del hombre y se pone en actitud de huir; tirándole en aquel momento, conserva la actitud adoptada y huye (si no queda muerto en el acto, lo cual no es frecuente) bajo la impresión del miedo que el hombre le causa; mientras que tirándole sin que se entere, arranca en la dirección de donde le fué el tiro, y si se encuentra con el cazador le acomete y le destroza.

No se debe tirar al oso de frente, á no ser que esté de pies, ni tampoco por detrás, sino de lado. El mejor tiro, teniendo mucha seguridad en la puntería, es á las orejas; si se le da bien se le atraviesa la cabeza y cae redondo. Cuando no se tiene tanta seguridad en la puntería, y tratándose del oso es muy raro tenerla, se le debe tirar detrás del brazuelo para darle en el corazón ó en los pulmones, ó un poco por bajo de las agujas ó á los cadriles para que no pueda andar. Tirarle al vientre es peor que no tirarle, porque se le irrita y no se le coge, pues aunque muera del tiro, morirá después de haber andado media docena de leguas.

Parece á primera vista que la caza del oso en montería, con abundancia de escopetas, ha de ser más segura y menos ocasionada á desastres que la caza en acecho; y sin embargo, sucede lo contrario en la práctica. En la mayor parte de las monterías contra el oso, ó no se le caza, ó hay que andar con él á milagros. Débese esto, unas veces á falta de orden y dirección, y otras á falta de serenidad y de valor en alguno de los cazadores.

Hará sobre treinta años que en una montería, en Liébana, una osa que tenía ya en el cuerpo tres balazos, no hace falta decir que muy mal dirigidos, cogió á un ojeador por un muslo y le llevaba en la boca. Los cazadores no se atrevían á tirarla de nuevo por no dar al ojeador y pasaban ansias terribles. Al fin uno de ellos se determinó á apuntarla lo más lejos posible del ojeador, al cuarto trasero, y al sentirse herida en las nalgas, por llevar allí la boca á morder, soltó al ojeador y no volvió ya á recogerle.

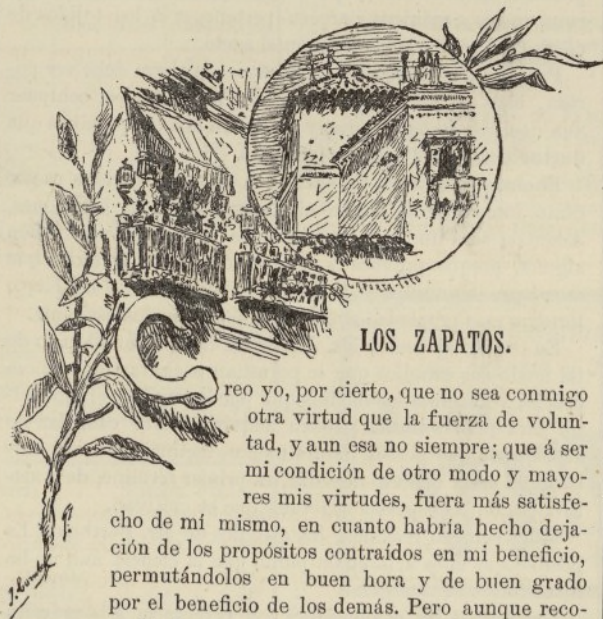
En Éscaró, que es el pueblo donde más osos se matan, no sólo porque hay un monte muy ameno para ellos, sino porque hay una familia de cazadores tan inteligentes como decididos, hace pocos años también anduvieron con un oso á tres menos sesenta. Había como tres cuartas de nieve, que á los cazadores les estorbaba bastante. Herido ya el oso de un tiro, huía de las escopetas y cayó sobre un ojeador, derribándole y destrozándole un brazo. Otro ojeador que estaba cerca, y que tenía por toda arma un hacha no muy grande, se abalanzó en

auxilio de su compañero con un valor increíble, y quiso dar al oso un hachazo en el pescuezo, pero el oso se irguió rápidamente, evitando el golpe, y el mozo, con la misma violencia con que iba á descargar el hachazo, cayó de bruces delante del oso. Éste inmediatamente le echó la boca á la cabeza, pero afortunadamente sólo cogió el sombrero que se había quedado á la flor de la nieve, pues la cabeza se había hundido más abajo. Mientras el oso mordía y desgarraba rabiosamente el sombrero, otro cazador le dió otro balazo en la cabeza, del cual cayó rodando.

Aparte de estos lances sangrientos, lo más malo que puede pasar y pasa con frecuencia, cuando se va de montería al oso, es no matarle. A veces llega cerca de las esperas, conoce el peligro, retrocede, y si los ojeadores no van muy juntos, se escurre por entre dos esperas sin ser visto ni oído. A veces se dirige á un espera que, al verle, se aturde, tiene miedo y llama al compañero de al lado, y aprovechándose el oso de la advertencia, busca otro camino y se pone en salvo.

Esto de faltar el valor ó la serenidad al que va á tirar al oso por primera vez es muy frecuente, y al mismo tiempo muy explicable, porque la vista del oso en el monte, puesto de pies y atronando con un berrido el contorno, impone muchísimo. Por eso está sucediendo todos los días que el que ha echado más plantas en el camino del cazadero y el que ha manifestado deseo más vehemente de que se le coloque en el tiro más probable, cuando ve llegar al oso tiembla y se asusta y no tira, ó si tira no acierta; por eso hay un refrán que dice: «Bien habla Alonso cuando no ve al oso.»

ANTONIO DE VALBUENA.



LOS ZAPATOS.

reco yo, por cierto, que no sea conmigo otra virtud que la fuerza de voluntad, y aun esa no siempre; que á ser mi condición de otro modo y mayores mis virtudes, fuera más satisfecho de mí mismo, en cuanto habría hecho dejación de los propósitos contrarios en mi beneficio, permutándolos en buen hora y de buen grado por el beneficio de los demás. Pero aunque reconociéndome en las obras de mi debilidad, que pueriles, orgullosos y fútiles antojos me hacen tener por fortalezas del ánimo, no soy tan poco dueño de mi albedrío, ni tan escaso me hallo de algún merecimiento, que no sea fiel á mis amigos y puntual en ejecutar aquello que someten á mi cuidado.

Por estas razones y por aquellas causas, que de cierto pude excusar, ahorrando así molestias á quien me lea, tan pronto como salté en tierra, desembarcando del *Tez*, y puse la planta sobre el animado muelle de la industriosa sucesora de la vieja Barcino, fuíme á buscar aposento á la fonda Española, y de ella salí luego que cambié de traje, para cumplir el encargo de Enriqueta, hechizo mujerial con talentos de varón, que era absoluta señora del corazón de mi amigo Batlló, uno de los hombres más nobles que he conocido y uno de los ingenieros mejores que se conocen.

La madre de Enriqueta tenía habitación en la Rambla de Santa Mónica; y aunque la habitación era modesta, no carecía de las comodidades que la posición de la dueña podía proporcionar y que su edad exigía imperiosamente.

Erasedoña Mercedes—que éste era su nombre—señora de setenta y más años, poco abultada de cuerpo, que estaba casi tan encogido como desarrollado el espíritu y despierto el cerebro, que cubrían blancos y aún no escasos cabellos. Recibíome con suma amabilidad, y hallé en lo sencillo de su ademán, en la corrección de su frase y en la amenidad con que exponía las cosas más triviales, acabada demostración

de que los encarecimientos que de ella me hiciera su yerno no eran sino fidelísimo reflejo de la verdad.

Como después de entregarle los retratos de sus nietecillos, y de hablar no corto espacio, viniera á su memoria la idea exacta de quién yo fuera, se sirvió convidarme á almorzar, invitación que acepté con placer sumo, y prolongándose nuestra conversación, fuimos en menos de tres horas los mejores y más cariñosos amigos del mundo.

Con esa franqueza extrema que es característica de niños y ancianos, habléme de todo y á todo atendí, que de unos recuerdos en otros, y de unos en otros pensamientos excitada su adorable locuacidad, parecía como que á mí, portador de recuerdos de su hija, ponía empeño en abrirme el corazón, confiando al mío los secretos y las amarguras del suyo.

Uno de aquellos me dijo, que, con las alteraciones que la prudencia reclama, voy fielmente á transcribir.

—Por el sólo hecho—me dijo—de contraer esponsales con mi Ramón, fui desde luego la criatura más feliz del mundo. Mirábame en sus ojos, y fui con él muy dichosa en los primeros meses de nuestro matrimonio.

La posición modesta que disfrutábamos nos daba derecho al amor de propios y al respeto de extraños; no habría pasado mucho tiempo sin que el trabajo y la virtud nos llevaran por la senda de la prosperidad, á no ser por los desaciertos en que incurrió mi marido, que hubo de corromperse, como todos, y como todos se arrepintió por un hecho insignificante al parecer.

En el grandioso teatro del Liceo actuaba una compañía de ópera, compuesta de notabilidades que convertían en doblillas de cinco duros los gorgoritos maravillosos de sus gargantas privilegiadas. Como los mayores prodigios del arte no pueden producirse sin el grosero auxilio de lo material porque ni hay estatuas sin el cincel, ni versos sin la tinta, ni cuadros sin las cerdas del pincel, ni hay ópera sin candelillas que alumbren y bailables que den reposo al artista en el canto y al espectador en los sentidos, que, dejando de recrearse en los ritmos del poema musical, distrae los ojos en la contemplación de los poemas musculares que se ofrecen en el baile de gran aparato.

Los ojos de mi marido cambiaron por desdicha, una mirada con cierta bailarina inglesa, que era pálida hasta parecer clorótica, rubia hasta ser la protagonista de leyenda renana, y hasta lo que es preciso para enloquecer á un hombre.

Aquella brutal exhibición que se hace en el baile de los encantos que la Naturaleza concede, fué origen de mis desventuras, consiguientes á los extravíos de mi Ramón.

Competidores en el pecado, teníalos á miles; la hembra era hermosa, y apeteciendo á muchos, sólo gustaba de mi marido, que acaso acaso no se sentía tan halagado de poseer su belleza como de causar envidia á los otros; gozaba más con el escándalo que de la carne.

No faltaron amigos que me hicieron sabedora de la desgracia. Ésta no me afligía en razón de lo que yo pudiera perder en el amor de mi esposo, ni por la compasión que las gentes hubieran de sentir por mí; sentía tan sólo—y lo sentía sin exhalar una queja ni proferir un reproche—lo que Ramón perdía en el concepto público, que por lo demás estaba al principio, y estuve siempre, convencida de que volvería á mis brazos arrepentido para siempre y enamorado como nunca.

Se fué la compañía de ópera, y con ella la última esperanza de que fueran aquellos amoríos nubecilla de verano; que si la compañía partió, quedóse la bailarina. Nuestras fincas se convirtieron en carruajes de la maldita inglesa, mis alhajas en troncos de caballos, y mis encajes, vendidos á bajo precio, en holandas y batistas para ponerse en contacto inmediato con aquel lascivo cuerpo de blancuras imposibles.

A medida que el escándalo subía de punto y que bajaban nuestros recursos, era más reducido el círculo de nuestras relaciones.

El amor que echaba en olvido mi Ramón y los recursos de que me privaba, llegaron á ser solicitados y ofrecidos por otros: esto fué, sin duda alguna, el mayor agravio que sentí. A ratos, mi amor, que avivaban los celos, era reemplazado por el odio que me inspiraba, juzgándole causante de tales bochornos.

Mi niña, mi Enriqueta, que ya tenía año y medio, era el único consuelo que disfrutaba, y el mayor torcedor de mi espíritu, porque presentía la precisión de educarla en la miseria y envilecidos sus sentimientos por el fatal ejemplo de su padre. A ella me consagraba de día y por ella lloraba de noche en la cama de matrimonio, donde jamás la coloqué. Soñaba yo que reservando aquella mitad del tálamo á mi esposo, vendría alguna vez á buscarlo, contrito de su falta, amante y bueno.

Esperábalo en vano; que si alguna vez fué objeto de sus caricias, las rechazé con aspereza. Me rebelaba de las esclavitudes de la materia y me repugnaba la dádiva de unas demostraciones que en otra parte le eran más gratas á mi Ramón, que nos sacrificaba por dispensarlas.

Él se mantenía en prudente expectativa, pero mis despe-



gos le herían más bien en la dignidad, digo mal, en el orgullo, que no en el corazón. Creía, y llegué á temerlo, que á pesar de su educación me pegaría alguna vez; casi aguar, daba con resignación los golpes que pudiera darme; sólo mortificaba mi alma, no la idea de que se enterasen de ello los criados, sino la de que Enriqueta, la hija de mi vida, lo viera y conservara en la memoria el recuerdo de aquel baldón.

Per fortuna, no me ví en semejante dolor.

El tiempo se fué deslizando, y nuestra fortuna desapareció totalmente.

Entonces la inglesa se escapó de Barcelona con un agente de Bolsa, y éste con fondos que no eran suyos.

Los periódicos y las gentes se ocuparon prolijamente en comentar el suceso, que yo juzgué venturoso para mi causa.

La carencia de recursos, rayara en la pobreza absoluta, trajeron á Ramón á su hogar; si hogar puede decirse á la casa donde no se enciende lumbre por no haber qué guisar, ni en ocasiones qué comer.

Vivíamos en Gracia, que no estaba como hoy nuda con Barcelona, y habitábamos un cuartucho del que muy pronto nos despidieron por falta de pago del exiguo alquiler.

Los convecinos, menestrales en su mayoría, obreros ellos, canilleras ellas, nos tenían mucha lástima. Llegamos á tanto, que las vecinas nos daban muchas mañanas café del que les sobraba y pan duro del día anterior.

Ramón tenía olvidada toda noción de dignidad. Gruñía á su modo si no había qué comer, porque yo no había entregado la labor que me daban á hacer en una tienda de la calle de Fernando, pero ni buscaba ocupación ni traía dinero. Tampoco se atrevía á pedirlo.

Le disgustaba estar en casa, porque mi silencio y la seriedad involuntaria que para él tenía la niña, le sabían á reconvencción y reproche.

Enriqueta estaba delgadita, aunque yo me privaba de comer porque ella comiera; pero, eso sí, yo la llevaba limpia. Bajaba á la fuente á por agua para lavarla el cuerpecito y las remendadas ropas.

Una tarde tuve que esperar en la fuente la vez de una cocinera que había tenido en mis buenos tiempos: no me conocí, pero yo temblaba de miedo y vergüenza, como si fuera criminal mi conducta.

Una tarde, que jamás olvidaré, entró Ramón en casa con aspecto sombrío. No sé qué cosa advertí en él que me hizo temer que pensara en el suicidio: sentí que le amaba, pero ¡cómo! que le adoraba con todo mi corazón. Tuve tentación de lanzarme en sus brazos y besar aquel hermoso rostro, desfigurado por la contracción de facciones que hacen los vicios al estragar la naturaleza. Sentóse en una de las pocas y desvencijadas sillas que no habían servido para guisar convertidas en astillas. Enriqueta se acercó á su lado, sin mirarle á la cara; la niña tenía una satisfacción interior, y quería comunicársela.

¡Qué sabía ella de lo que pasaba por el alma de su padre!

—Mira— le dijo con su delicioso medio lenguaje— *teno sapatos guapos*.

Y le mostró unos zapatones enormes, desvencijados y feos, grandes para ella, como que eran de un chico mayor.

Ramón contempló á la niña con los piecitos escondidos en los horribles zapatos, y me gritó con suma indignación:

—¿Quién le ha puesto esos zapatos á la niña?

—Yo. Estaba descalza, con los dedos en el suelo. No tenía otros zapatos; me los ha dado una vecina..., son de su hijo.... Se los he puesto.

La fisonomía de Ramón se oscureció más de lo que estaba. Mordióse el labio inferior, extendió el brazo derecho; asíó con él á Enriqueta, que se colocó entre las piernas de su padre. Él apoyó contra el pecho la cabecita rubia de la niña, que no cesaba de decir, saltando de alegría:

—¡Sapatos.... sapatos guapos!

Por la hermosa cara de mi Ramón caían de los ojos garzos lagrimones gruesos que se deslizaban por las mejillas, trazando un surco que debía abrasarle.

Se había salvado.

Empezó á recuperar su honradez, siendo sobrestante de una obra.

El trabajo le devolvió la dignidad, y no sólo fuimos felices, sino que hicimos economías.

Mi Enriqueta, que no es pobre, casó con un hombre que la hace feliz, y yo lo soy viéndola así y rezando por el alma de mi arrepentido Ramón.

.....

Tal es la sencilla historia que me comunicó la noble anciana cuando cumplí el encargo de visitarla en nombre de su hija y de su yerno, que sigue haciendo feliz á Enriqueta, la cual, por cierto, no teme de él que sufra los extravíos que tuvo su padre. Entre más razones, por la que aduce con cierta gracia:

—Mi marido está tan ocupado á todas horas, que sólo temo que no le quede tiempo de quererme.

MANUEL MARÍA GUERRA.

## LA TIERRA Y EL AZOE.

Entre los muchos problemas entregados á la solución de la ciencia agronómica, pocos hay que hayan suscitado más discusiones que el referente al enriquecimiento de las tierras arables con materias azoadas. Hace más de cincuenta años que se vienen exponiendo las opiniones más contradictorias y las más variadas hipótesis, sin fijar una doctrina determinada.

Por mucho tiempo los agricultores, tomando por base las experiencias de algunos químicos, creyeron que ciertas plantas, sobre todo las de la familia botánica de las leguminosas, tenían la propiedad de extraer directamente del aire atmosférico una parte del azoe que entra en su composición. Esta hipótesis está hoy abandonada.

Lo mismo sucede con la opinión no menos especiosa de que el amoniaco existente en el aire era absorbido directamente por los órganos aéreos de los vegetales. Volvióse nuevamente á la conclusión de que, con referencia al azoe como á los principios minerales, el suelo es el manantial en que las plantas beben ese elemento necesario á la formación de sus tejidos. ¿Cómo conciliar, entonces, esta teoría, con el hecho absolutamente incontestable del enriquecimiento del suelo en materias azoadas bajo la influencia de ciertos destinos, principalmente en los prados artificiales? Por largo espacio de tiempo prevaleció la doctrina de Mr. Schloesing, según el cual el amoniaco tirado á las aguas del mar y esparcido por la atmósfera se fijaba en el suelo, contribuyendo así á enriquecerlo. Esta teoría vino á ser destruida por Mr. Berthelot.

El ilustre químico francés, en una Memoria presentada á la Academia de Ciencias en la sesión de 27 de Febrero último, expone las condiciones generales en que debe tener lugar la asimilación del azoe á la tierra vegetal. En dicha Memoria se sostiene, por consecuencia de experiencias numerosas y largos estudios y observaciones, que algunas tierras arcillosas y ciertos suelos arenosos poseen la propiedad de absorber el azoe atmosférico y de enriquecerse lenta y progresivamente con materias orgánicas azoadas, pertenecientes á seres orgánicos ó derivados de esos seres. La tierra no debe ser considerada como una materia mineral inerte é invariable en su composición, sino como una materia llena de seres vivos, cuyo compuesto químico, y especialmente su riqueza en azoe, varía y oscila conforme á las condiciones que presiden la vitalidad propia de esos seres; realmente tales compuestos orgánicos parecen pertenecer á los tejidos de ciertos microbios contenidos en el suelo.

Para manifestarse tales fenómenos, la tierra debe ser porosa, esto es, accesible á la circulación del aire, contener una dosis limitada de agua y hallarse á una temperatura que fluctue entre los 10 y los 50 grados.

El enriquecimiento del suelo con materias azoadas es por tanto intermitente, según el desarrollo de las estaciones. Además, será limitado cuando no se mantenga vegetación alguna, porque provoca la asimilación de las materias que esos seres contienen y la aumenta, perdiéndose en cierto término esas propiedades sin vegetación que las estimule.

En cuanto al suelo, Mr. Berthelot no ha completado de tal modo sus estudios que le permitan asegurar de manera precisa y absoluta los medios que puede emplear el agricultor para que las tierras puedan adquirir mayor cantidad de azoe que la que poseen naturalmente, inclinándose, sin embargo, á creer que eso depende, en primer término, de la naturaleza de las especies vegetales que se cultivan.

Tales son, en resumen, los estudios de Mr. Berthelot. Es posible que ellos aclaren un punto que la ciencia aun no ha resuelto.

El aspecto á las conclusiones con referencia á la práctica agrícola, sería gratuito deducirlas por trabajos todavía tan incompletos, y que pueden variar radicalmente los resultados de procedimientos que tal vez serían empíricos. Es, sin embargo, digna de tenerse en cuenta la diferencia que con las antiguas tienen las recientes teorías de Mr. Berthelot.

(Del Journal de l'Agriculture pratique.)



## RECUERDOS DE CAZA.

El mayor susto que yo he tenido cazando se lo debo á.... ¿algún toro? dirá el curioso lector; nada de eso: los toros caen como conejos en cuanto se les dá un balazo en el corazón, cosa bastante fácil con las armas modernas.

Pero dejémonos de toros y vamos al caso: cazaba en una pradera inundada, pollas de agua, cuando para evitar tener los pies en el agua se me ocurre subirme á un montón de tierra seca que estaba junto á mí: con natural atención seguía todos los movimientos del buscador *Muley*, cuando de pronto siento en un lugar de los más esenciales, abrasadoras

y cruel simas picaduras; lanzar al aire la escopeta y reconocer mi mal fué la obra de un segundo. La desagradabilísima impresión provenía de una docena de hormigas *bravas* comisionadas por su tribu para tomar venganza del desalmado aplastador de su morada.

Estas venganzas de la gente menuda que puebla los campos son muy usuales; guárdese bien el cazador de molestar á las abejas: he presenciado el porfiado empeño de una de ellas en picar á un joven que inadvertidamente quiso curiosar un panal silvestre, y en vano corrió varios minutos resguardando su cara; el insecto concluyó por dejar en su muñeca su venenoso dardo.

En Cuba, donde las avispas anidan en las ramas de los arbustos, nada puede temer el que al pasar por los senderos de los bosques lo hace con el debido cuidado; pero el atolondrado ó poco experto que no cuida, al perseguir un *boyero* ó una *perdiz*, que hay intereses que respetar, aun de gente muy menuda, sue'le recibir una picadura en el cuello, cuando por su precipitación sacude la pequeña rama donde reside la colonia enemiga.

Volviendo á las piezas grandes, diré, para terminar, que una vez debí asustarme, y no tengo la seguridad de que diera principio el pánico: sucedió todo tan de prisa, que no hubo lugar á ello.

En la época en que más escarnizada estaba en Cuba la guerra, destruidas muchas haciendas, todos los animales domésticos se habían hecho silvestres; lo cual se explica porque dada la riqueza natural del país en pastos de todas clase y su clima, apenas necesitan para multiplicarse el auxilio del hombre.

Invitado por un propietario de las Villas á una cacería de toros, única manera de procurarse entonces rápidamente alguna carne, accedí gustoso, y no tomé más precaución que sustituir los plomos de mis cartuchos con balas esféricas.

Hétenos ya de caza, recorriendo una sierra bastante abrupta y despejada de árboles; y tardando en encontrar nuestro objetivo nos separamos en ala con el fin de abarcar más terreno.

Cuando ya estaba muy separado de mis compañeros, divisé un grupo de cinco reses, y espoleando al caballo, salgo en su demanda, como si se tratara de guineas ó palomas torcaces.

Corrían los toros como perfectamente enterados que estaban de mis *non sanctas*, intenciones y corría yo tras de ellos, escogiendo *in mente* á cual de ellos debía dirigir mi puntería.

Como primerizo, escogí el más grande, y á mi balazo, que dió contra su lomo, se arqueó visiblemente sin detener por eso su carrera; repito inmediatamente, y da mi tiro (según me dijeron después) á cuatro dedos del primero.

Recibir este segundo balazo y volverse repentinamente, fué obra de un segundo; detengo mi caballo y espero los acontecimientos; la escopeta vacía en la diestra, y el terreno, una ladera muy pendiente, donde de atacar el toro íbamos los tres al fondo del barranco.

Así lo debió considerar también su señoría, por cuanto tuvo á bien revolverse y marchar de nuevo á reunirse con su gente.

Comprendiendo yo que mi arma no estaba á la altura de las circunstancias y que el toro recibía las balas como si fueran almendras, determiné buscar los míos y darles cuenta de los sucesos.

Dos días después; recibía una enorme pierna de toro, pues mi pieza había sido encontrada muerta por unos campesinos.

No vayan ustedes á pensar que aquellos *beaftels* me supieron peor que los que mi fámulo acostumbraba traerme de la plaza; pero formé la resolución de dejar el calibre 16, en lo sucesivo, para la gente menuda y tomar *mejor hierro* la primera vez que se me ocurriera salir á cazar berrendos.

E<sup>o</sup>.

JABON REAL VIOLET JABON  
DE THRIDAGE 29, B<sup>a</sup> des I aliens, Paris VELOUTINE  
Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Color

**EL CAMPO**  
REVISTA DE SPORT  
AGRICULTURA, JARDINERÍA, CAZA Y PESCA

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año.....	20 pesetas.
Seis meses.....	11 »
Tres.....	6 »


EN EL EXTRANJERO.

Año.....	25 francos.	EN AMÉRICA, PAGO EN ORO
Seis meses.....	14 »	Año..... 6 pesos fuertes
Tres.....	8 »	Seis meses..... 3.50 »
		Tres..... 2 »

OFICINAS:  
Calle Mayor, 78, entresuelo.

Establecimiento Tipográfico «Sucesores de Rivadeneira»,  
IMPRESORES DE LA REAL CASA,  
Paseo de San Vicente, 20.





**HOOPER & C.<sup>o</sup>**  
FABRICANTES DE CARRUAJES  
DE  
S. M. LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA  
S. A. R. EL PRÍNCIPE DE GALES  
S. M. EL EMPERADOR DE ALEMANIA  
S. A. I. EL PRÍNCIPE HEREDERO DE ALEMANIA, &c. &c. &c.  
**VICTORIA STREET. — LONDRES.**  
PRESENTADA POR EL SR. D. JOSÉ DE LA SIERRA  
AGENTE GENERAL PARA ESPAÑA Y PORTUGAL

## Compañía de los ferrocarriles de Madrid á Zaragoza y á Alicante.

## SERVICIO DE TRENES.

## Línea de Madrid á Alicante.

ESTACIONES.	Mixto.	Mixto.	Correo.	Mixto.	Correo.
Madrid..... salida...	M.	T.	N.	M.	T.
Alcázar... llegada...	7.15	4.30	7.45	11.15	7.45
Chinchilla... llegada...	12.28		12.45	3.31	12.05
La Encina... llegada...	T.		5.17	9.51	
Alicante... llegada...			7.51	1.11	
			10.00	5.20	
			M.	M.	

## Línea de Cartagena.

ESTACIONES.	Mixto.	Correo.	Mixto.
Madrid..... salida...	M.	N.	
Chinchilla... llegada...	10.00	8.15	
Murcia... llegada...	9.51	5.17	
Cartagena... llegada...	5.30	10.37	
			6.45
	8.55	12.55	10.00
	M.	T.	N.

## Línea de Zaragoza.

ESTACIONES.	Mixto.	Mixto.	Correo.	Mixto.
Madrid..... salida...	M.	M.	N.	T.
Guadalajara... llegada...	7.05	11.00	7.30	4.35
Calatayud... llegada...	9.06	1.05	9.10	6.40
Sigüenza... llegada...	9.16	T.	9.15	T.
Alhama... llegada...	12.26		11.37	
Calatayud... llegada...	3.40		2.07	
Guadalajara... llegada...	4.40		2.59	
Zaragoza... llegada...	8.20		6.05	
	N.		M.	

## Línea de Sevilla á Madrid.

ESTACIONES.	Mixto.	Expres.	Correo.
Madrid..... salida...	M.	T.	T.
Alcázar... llegada...	7.00	6.20	7.35
Sevilla... llegada...	12.28	9.50	12.05
	12.48	10.10	12.36
	7.15	9.20	2.20
	M.	M.	T.

## Línea de Sevilla á Huelva.

ESTACIONES.	Mixto.	Correo.
Huelva..... salida...	T.	M.
	3.90	5.15
Sevilla... llegada...	N.	
	8.54	9.40
Madrid... llegada...	9.20	10.05
	5.35	6.00
	T.	M.

## CARTUCHOS

ELEY BROTHERS  
LIMITED

Fabricantes de Cartuchos y Cápsulas de Caza y Guerra

PROVEEDORES DE VARIOS GOBIERNOS

FABRICAS. 254 GRAYS INN. P. LONDRES

Venta al por mayor solamente

Para precios é informes, dirigirse al Agente general en España

JESUS ARAMBURU Y SILVA

GETAFE, MADRID.



## SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA DE BARCELONA

## LINEA DE LAS ANTILLAS

CON SERVICIOS Y EXTENSIÓN Á

## NEW-YORK Y VERACRUZ

Tres salidas mensuales con las escalas y extensiones siguientes:

El 10, de Cádiz, con escala en las Palmas, y haciendo antes la de Barcelona el 5, y eventual la de Málaga el 7.

El 20, de Santander, con escala en la Coruña el 21, y haciendo antes la de Liverpool el 8 y las del Havre el 14.

El 30, de Cádiz, haciendo antes escala en Barcelona el 25, y eventual en Málaga el 27, con extensión á los litorales de Puerto Rico y Cuba, Centro América y Puertos del Pacífico y Estados Unidos de América.

## LÍNEA DE FILIPINAS

CON ESCALAS EN

## PORT-SAID, ADEN, COLOMBO Y SINGAPOORE

SERVICIO Á

## ILO-ILO Y CEBÚ

Trece viajes anuales, partiendo de LIVERPOOL, con escalas en

CORUÑA, VIGO, CÁDIZ, CARTAGENA, VALENCIA Y BARCELONA

de donde saldrán cada cuatro viernes, á partir del 29 de Julio de 1887.

De MANILA saldrán cada cuatro lunes, á partir del 25 de Julio.

## Líneas del Río de la Plata, Costa occidental de Africa y Marruecos

Estos nuevos servicios se plantearán en Diciembre de 1887.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

**AVISO IMPORTANTE.**—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen las muestras y precios que con este objeto se le entreguen.

Para más informes en **Barcelona:** La Compañía Trasatlántica, y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—**Cádiz:** Delegación de la Compañía Trasatlántica.—**Madrid:** D. Julian Moreno, Alcalá.—**Liverpool:** Sres. Larrinaga y C.—**Santander:** Angel B. Perez y C.—**Coruña:** D. E. da Guarda.—**Vigo:** Antonio López de Neira.—**Cartagena:** Bosch hermanos.—**Valencia:** Dart y C.—**Manila:** Sr. Administrador general de la Compañía General de Tabacos.

En todas las Perfumerías y Peluquerías de Francia y del Extranjero.

**La VELOUTINE**  
Polvo de Arroz especial  
PREPARADO AL BISMUTO  
Por CH. FAY, Perfumista  
9, rue de la Paix, 9, PARIS

## LA MARGARITA EN LOECHES

Antibiliosa, antiherpética, antiescrofulosa, antisifilítica y reconstituyente

Es la única agua que produce los saludables resultados que todos conocen, pues su uso general y constante durante treinta y tres años así lo demuestra.

No confundir la botella de LA MARGARITA con la de otra agua que la ha imitado para que el público la confunda con aquella.

En competencia LA MARGARITA con todas las similares ó que pretenden producir iguales y aun mejores resultados, fué declarada la primera en la Exposición internacional de Niza, obteniendo la primera distinción, ó sea el

UNICO GRAN DIPLOMA DE HONOR

concedido á las de su clase, cuya distinción no ha conseguido otra alguna antes ni después.

Del minucioso análisis practicado durante seis meses por el reputado químico doctor D. Manuel Sáenz Díez, acudiendo á los copiosos manantiales que nuevas obras han hecho aún más abundantes, resulta que LA MARGARITA DE LOECHES es entre todas las conocidas y que se anuncian al público, la más rica en sulfato sódico y magnésico, que son los más poderosos purgantes, y la única que contengan carbonato ferroso y manganoso, agentes medicinales de gran valor como reconstituyentes. Tienen las aguas de LA MARGARITA doble cantidad de gas carbónico que las que pretenden ser similares, y es tal la proporción y combinación en que se hallan todos sus componentes, que las constituyen en un específico irremplazable para las enfermedades herpéticas, escrofulosas y de la matriz, sífilis inveteradas, bazo, estómago, mesenterio, llagas, toses rebeldes y demás que expresa la etiqueta de las botellas que se expenden en todas las farmacias y droguerías, y en el Depósito central, Jardines, 15, bajo derecha, donde se dan datos y explicaciones.

En un año se han vendido más de DOS millones de purgas.



## INCUBADORAS ARTIFICIALES

Y CUANTOS UTENSILIOS REQUIERE LA CRÍA DE LAS AVES DE CORRAL

Venta y exposición de gallinas extranjeras. Huevos fecundados para empollar de las más notables razas **Conchinchina, Houdan, Flèche, Brahma, Castellana, Andaluza**, etc.

Incubadoras de 30 huevos, á 30 pesetas

EXPORTACION Á PROVINCIAS

## CASA DARDER

Jaime I, 11.—Barcelona

Redacción y Administración de EL NATURALISTA, periódico ilustrado de Avicultura. (Precio de suscripción á dicho periódico, 6 pesetas al año).

## Licor del Abadía de Chelme



Fabricado con aguardiente de Coñac es el mejor y más digestivo de las licoreras de meña.

Pídase en los mejores cafés y ultramarinos vinos y licores.

## CAZADORES

Grandes rebajas en escopetas, revólvers, cartuchos y demás efectos de caza, por lo cual los pagos al contado.

CARRILLO

CALLE DE LA CRUZ, N.º 23, MADRID

## ADMINISTRADOR

Un Administrador que ha sido de fincas rurales, con conocimientos teóricos y prácticos y con fincas de su propiedad con que responder, desea colocarse, bien como Administrador, bien como Inspector de fincas rurales.

Dirigirse á la Administración de EL CAMPO.

## Perfumeria-Oriza

PARIS, rue Saint-Honoré, 207 L. LEGRAND Proveedor de la Corte de Rusia

### PERFUMES SOLIDIFICADOS DE LAS ESENCIAS-ORIZA

Bajo las formas de Lápidos-Perfumes

INVENCIÓN PRIVILEGIADA EN FRANCIA Y EN EL EXTRANJERO

Los Perfumes de la Esencia-Oriza, preparados por un nuevo procedimiento para reducirlos á un estado enteramente sólido, ó mas bien, sólido, han adquirido, por ello, un grado de concentración desconocido hasta ahora.

Tienen la inmensa ventaja de impregnar con sus olores los objetos sometidos á su contacto sin mojarlos ni deteriorarlos

Dispuestos bajo las formas de Lápidos, metidos en frasquitos y en estuches de todas clases, pueden ser llevados muy fácilmente, sin que se evaporen y se los puede reemplazar por otros cuando estén usados.

Basta llevarlos para perfumar INSTANTÁNEAMENTE

EL CUTIS LA BARBA PAÑUELO ENCAJES LAS TELAS GUANTES FLORES ARTIFICIALES

y todos los Objetos de Lencería y de Papel, etc., etc.

DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES CASAS DE PERFUMERIA.

ATOCHA, 25, PRAL.

## CORTIJO.

SASTRE.

ESPECIALIDAD EN TRAJES DE CAZA Y CAMPO

VARIADO Y ESPECIAL SURTIDO

EN

Panas, Driles, Gamuza y Becerro anteado

PARA LA ROPA CITADA.

Se hacen trajes á precios económicos para guardas de campo.

GRAN SURTIDO EN LEGUIS Y POLAINAS DE DRIL

Y LONA IMPERMEABLE.

25, Atocha, 25, principal.

MADRID.

## GUTIÉRREZ

26, DESENGAÑO, 26

Muebles de ebanistería y tapicería. Casa especial en sillerías y gabinetes. Exportación á provincias.

## OBRAS VENATORIAS

DE

GUTIÉRREZ DE LA VEGA

La Ilustración Venatoria, periódico de caza y pesca, en gran folio, de bella edición, y de muchos y magníficos grabados. Se publicó durante ocho años, desde principio de 1878 á fines de 1885, formando cada año un hermoso volumen, encuadernado en rústica con su portada é índice particular.

Habiéndose agotado desde hace mucho tiempo el volumen del año 1878, se hizo un Album con todas las láminas que contenía, y es el que desde entonces forma el volumen primero de la colección de los ocho años.

	Pesetas.
ALBUM DE 1878.....	10
COLECCIÓN DE 1879.....	20
COLECCIÓN DE 1880.....	20
COLECCIÓN DE 1881.....	10
COLECCIÓN DE 1882.....	10
COLECCIÓN DE 1883.....	10
COLECCIÓN DE 1884.....	10
COLECCIÓN DE 1885.....	10
	100

Quedan tan pocas colecciones de los ocho años, que ya no puede expendirse separadamente el volumen de 1879 por estar para agotarse. Los otros 7 volúmenes se venden sueltos á los precios marcados á cada uno. Esta colección de los 8 volúmenes, como queda indicado, se vende al precio de 100 pesetas.

Se han encontrado cuatro ejemplares intactos del volumen agotado de 1878, que se venden con los volúmenes de los siete años siguientes, formando la colección completa, con 50 pesetas de aumento cada una, es decir, á 150 pesetas.

Hay también tres colecciones completas, con el volumen del año 1878, tiradas aparte en papel de hilo, con grandes márgenes, las cuales no se han puesto hasta ahora á la venta. Se venden á 250 pesetas.

Album de la Ilustración Venatoria.—Es un hermoso volumen en folio mayor, con una magnífica colección de más de cien preciosos grabados representando escenas de caza y pesca, por los primeros artistas de Europa, que constituye el más bello adorno del gabinete de un aficionado á estos deleites.

Cuesta 10 pesetas, así en Madrid como en provincias. Hay ejemplares preciosamente encuadernados, que no pueden enviarse por el correo, pero que se expenden en Madrid con 2 pesetas 50 céntimos de aumento, es decir, á 12 pesetas y 50 céntimos.

Biblioteca venatoria de Gutiérrez de la Vega. Ediciones de lujo, de preciosos volúmenes en 8.º, con caracteres elzevirianos y en papel de hilo. He aquí los volúmenes publicados:

I y II.—LIBRO DE LA MONTERÍA del rey D. Alfonso XI, con un discurso y notas del Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Consta de dos tomos gruesos, á 6 pesetas cada uno en Madrid, y á 7 pesetas en provincias.

III.—LIBROS DE CETERERÍA del Príncipe y el Canciller.—Contiene dos obras: el Libro de la Caza, del Príncipe D. Juan Manuel, y el Libro de la Caza de las Aves, del Canciller Pero López de Ayala, con un discurso y notas del Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Consta de un tomo grueso, á 6 pesetas en Madrid, y á 7 pesetas en provincias.

IV.—DISCURSO SOBRE LA MONTERÍA, por Gonzalo Argote de Molina, con otro discurso y notas del Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Consta de un tomo delgado, á 2 pesetas en Madrid, y á 2 pesetas y 50 céntimos en provincias.

Almanagues de la Ilustración Venatoria para cazadores y pescadores. Se han publicado los años 1880, 1881, 1882, 1883, 1884 y 1885. Cada uno á 25 céntimos de peseta.

Nota.—Los pedidos se harán á la Administración de las Obras Venatorias, Travesía del Conservatorio, núm. 3, en Madrid.

CALZADO DE CAZA.—Zapatería de Eusebio Fernández, calle de la Salud, núm. 19, Madrid.—Especialidad en calzado para caza, de todas clases y formas. Surtido constante, y se hace á medida.—Medias de cuero y alpargatas guarnecidas.

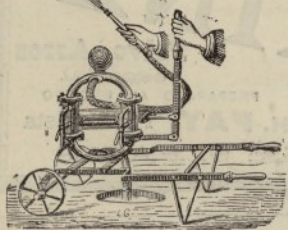
## ALBERTO AHLES

15, Paseo de la Aduana.—Barcelona.

ESPECIALIDAD EN

Bombas para jardines, riego, incendios y tra siego. prensas y filtros para Vinos, Alambiques, etc. Toda clase de artículos para Bodegas y Botillerías. Arados, Aventadoras, Corta-pajas, Corta-raíces, Quebrantadores de granos, Desgranadoras de maíz, Segadoras, Guadañadoras, Trilladoras, etc., etc.

Catalogos gratis y franco.



## ESCOPETA ESPECIAL PARA TIRO DE PICHON

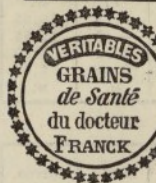
PRECIO NETO, 30 LIBRAS ESTERLINAS.

De palanca ó llave de arriba para abrirse de golpe, con costilla de extension extrafuerte, llaves de retroceso, percutores debajo del punto de mira; cañones del mejor acero inglés, de 30 pulgadas, el de la izquierda full-choke, arreglada para estuches de 2 3/4 pulgadas. Se garantiza el tiro con 3 1/2 dr., 1/4 onza; su peso sobre 7 libras y 5 onzas: muy bien trabajada.

Se remite al recibir el dinero. Se envían instrucciones para la seguridad de la medida.

CHARLES LANCASTER, protegido por los Clubs escopeteros de Hurlingham y de Notting-Hill. 151, calle de New-Bond. W. Casa establecida en 1826.

## VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL DR. FRANK



Aperitivos, Estomacales, Purgantes, Depurativos  
Contra la Falta de Apetito, el Estreñimiento, la Jaqueca, los Váridos, Congestiones, etc.  
Dosis ordinaria: 1 á 3 granos  
Noticia en cada caja  
Exigir los Verdaderos en CAJAS AZULES con rótulo de 4 colores y el Sello azul de la Unión de los FABRICANTES.  
Paris, Farmacia Leroy y principales

## SANTOS

Capellanes, 7, Madrid.

UNICO DEPOSITO

PARA LA

VENTA DE VELOCÍPEDOS

Representante de las mejores fábricas extranjeras.

Biciclos y triciclos de todas clases, tamaños y precios.



THE JUNO  
AUTOMATIC, N.º 8

## LA PATE EPILATOIRE DUSSEY

Privilegiada en 1836, destruye hasta las raíces el vello del rostro de las damas sin ningún peligro para el cutis, aun el mas delicado. 50 años de éxito, de altas recompensas en las Exposiciones, los títulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles testimonios, de los cuales varios emanan de altos personajes del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la excelente calidad de esta preparacion. LE PILIVORE destruye el vello loquillo de los brazos, volviendolos con su empleo, blancos, finos y puros como el marmol.

DUSSEY, 1, RUE JEAN-JACQUES ROUSSEAU, PARIS

En Madrid: MELCHOR GARCÍA, depositario, y en las Perfumerías de PASCUAL, FRERÉ, INGLESA, etc. — En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerías de LAFONT, etc.